



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 9

CTX 109 HISTORIA DE LA IGLESIA I

Reily, Duncan Alexander. “Los ministerios femeninos en la Edad Media”. En *Los ministerios femeninos en perspectiva histórica*, 95-156. San José: SEBILA, 2001.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

SEGUNDO PERÍODO

LOS MINISTERIOS FEMENINOS EN LA EDAD MEDIA

INTRODUCCIÓN

En la Edad Media, en contraste con sus primeros siglos de vida, encontramos a la Iglesia establecida con estructuras más o menos rígidas y una teología oficialmente definida. Es cierto que hay diferencias significativas entre la Iglesia Oriental u Ortodoxa y la Iglesia Occidental o Católico Romana. Cada cual, especialmente después de las invasiones bárbaras (desde finales del cuarto siglo) y más específicamente después de la caída del imperio en el Occidente (476), siguió su propio rumbo político y religioso hasta el punto que, en 1054, se dividieron en forma definitiva. Pero a pesar del cisma que existe hasta hoy, ambas ramas todavía se reconocen como auténticas expresiones del cristianismo.

La Iglesia Oriental se había preocupado por definir, en términos aceptables para la mente griega, la naturaleza de Dios y de su hijo Jesucristo. Es muy significativo que los primeros concilios ecuménicos se hayan preocupado por la

trinidad y la cristología, ya que estos dogmas, mucho más que ser fórmulas metafísicas sobre las verdades de la fe, visualizan a la divinidad como una comunidad participativa de amor y a Jesús en su unión y solidaridad con mujeres y hombres mortales. Aunque la mayor preocupación por estas cuestiones y por la realización de los concilios haya sucedido en el Oriente, el Occidente asintió a sus decisiones. Mas bien, en el Concilio de Calcedonia el célebre “Tomo” de León I de Roma prácticamente dictó los términos de la definición cristológica (451).

Aproximadamente durante el mismo período en el que el Oriente establecía sus bases teológicas, principalmente por medio de los concilios, los llamados “doctores de la Iglesia Latina” también lanzaban sus fundamentos, no sólo doctrinales sino también en cuanto a la práctica de la Iglesia Católica. Ambrosio (c. 333-397), Obispo de Milán, tomando como su modelo al estoico Cícero, escribió “la primera exposición sistemática de la ética cristiana”.¹ Su obra *De officiis ministrorum*, escrita después de 386, llegó a ser la guía ética de la cristiandad occidental.

Jerónimo (c. 347-420) considerado el impulsor de la vida monástica, bajo comisión del Papa Dámaso tradujo la Biblia de los idiomas originales al latín vulgar, el idioma del pueblo. La excelencia de su obra hizo de la Vulgata la Biblia de la Iglesia Latina, lugar que conserva hasta hoy a pesar de la reciente aparición de otras versiones, especialmente la Biblia de Jerusalén. Agustín (354-430) aportó más a la teología de la Iglesia Latina que cualquier otro individuo. El mismo reconocía que pocos lectores serían capaces de seguir los argumentos de su obra dogmática principal, *De Trinitate*, y por eso se esforzó por hacerla más accesible por medio de analogías. Pero, sin duda, su autobiografía espiritual, *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios*, son mucho más conocidas. Altaner y Stuiber comentan lo siguiente acerca de los veintidos libros escritos por Agustín:

*Contienen la más preciosa apología del cristianismo antiguo, expuesta históricamente y presentan el primer gran esbozo de una teología de la historia; sus ideas fundamentales, en parte mal interpretadas, determinaron ampliamente la política de la Iglesia en la Edad Media.*²

No nos preocupa demasiado, para esta historia de ministerios femeninos, establecer con mucha precisión el fin del período de la Iglesia Primitiva y el principio de la Medieval. Para nuestros propósitos hemos adoptado el año 500 como el final del primer período y el principio del segundo.³ Consideramos a Gregorio Magno, cuarto Doctor de la Iglesia Latina, como una especie de paradigma de la propia Iglesia Medieval. En la persona de Gregorio el monaquismo, ya asumido por los otros doctores y habiendo recibido su estructura clásica de Bento de Nursia, asume su posición máxima en la Iglesia. Con Gregorio, quien se denominaba a sí mismo “siervo de los siervos de Dios”, la Iglesia Occidental se convierte en una iglesia claramente papal, en la teoría y en la práctica. Los escritos de Gregorio revelan una iglesia un tanto supersticiosa, donde proliferan los milagros, donde los santos y las reliquias son abiertamente venerados, donde el pueblo cree piadosamente en la realidad de las llamas del purgatorio. En esta teología encontramos influencia agustiniana, pero es suficientemente diluida como para que Agustino sea aceptado por la Iglesia. En ocasión de su elección como Papa (590), Gregorio escribió su más significativa obra, *Liber regulae pastoralis*, sobre la obra del pastor. “En la Edad Media, esta obra fue para el clero secular, lo que fue la *Regula Benedicti* para las órdenes religiosas”.⁴

Desde hacía mucho tiempo la Iglesia venía siendo una Iglesia Episcopal. El concepto de la “sucesión apostólica” que Clemente de Roma anunció a la iglesia de Corinto con el fin de recomendarle un tratamiento más digno a los viejos presbíteros-obispos (especialmente en los capítulos 42 y 44), unida a la doctrina del episcopado monárquico tan

enfanzado por Ignacio de Antioquía, constituyó la base de la autoridad episcopal cuya expresión clásica se encuentra en los escritos de Cipriano. Curiosamente, también Cipriano, quien enfatizó el significado de Mateo 16.18,19, dedicándole un capítulo (el cuarto) de su libro *La Unidad de la Iglesia Católica*, no admitía la autoridad judicial del Obispo de Roma en Cartago.⁵ Pero en realidad, la autoridad de las iglesias principales como las de Alejandría, Antioquía, Cartago, Efeso y Roma, crecía; la de Roma más que cualquier otra. Basta decir que hasta el final del Período Antiguo Roma no tenía rival en el Occidente y su Obispo en la práctica ya era Papa.

En la iglesia “oficial”, esencialmente episcopal y hasta papal, los obispos, en su lucha contra los herejes (principalmente los gnósticos) y los cismáticos (especialmente los montanistas), habían usurpado el dominio de los dones espirituales, hasta el punto de insistir en que deberían ser canalizados por el episcopado. Esta misma iglesia “oficial” había reservado las órdenes sagradas para los hombres. Pero a pesar de esta posición oficial, hay evidencia de que no todos aceptaban ese reduccionismo con tranquilidad. Por ejemplo, el conocido nominalista, Guillermo de Occam (quien murió en 1349) en su *Dialogus*, hablaba de la remota posibilidad de que todos los hombres dentro de la Iglesia Católica, incluyendo el papa y los cardenales, podían llegar a “desviarse y la fe católica ser conservada solamente por mujeres”.⁶

Las mujeres, a su vez, buscaban espacio dentro y fuera de la Iglesia Católica y sus instituciones. En la Iglesia Medieval sucedía lo mismo que había ocurrido en la Iglesia Antigua, los espacios más amplios se encontraban en los movimientos considerados heterodoxos, especialmente entre los valdenses quienes aceptaban hasta la predicación femenina. Pero también dentro de las estructuras de la Iglesia oficial, la mujer cristiana descubría o creaba su espacio, a veces en

formas sorprendentes. Como vimos en el primer período del presente estudio, las mujeres participaron de manera activa desde el inicio del movimiento monástico. En la Edad Media los muros de los conventos muchas veces escondían ministerios poco conocidos o hasta insospechados fuera de ellos. El liderazgo que le era negado en la iglesia secular fue ejercido tranquilamente por la mujer enclaustrada. La intensidad de su devoción muchas veces se expresaba en escritos cuya influencia hacía de algunas de estas mujeres verdaderas teólogas y dirigentes del pensamiento de la Iglesia.

Parte de la vocación de la Iglesia, como iglesia, era producir santas y santos. La Edad Media ya no era época de martirio, pero mujeres y hombres continuaban sintiendo el desafío de Jesucristo: “Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt 5.48; cp. Lv 11.44). Dado que para Jesús la sustancia de esta perfección era el amor, la vocación a la santidad era una vocación al ministerio (servicio). En la Edad Media abundaron destacadas santas, cuyo servicio a la iglesia y a su prójimo no ha caído del todo en el olvido.

En el principio del período en cuestión, una gran parte de Europa aún no era cristiana. Patricio había evangelizado a Irlanda, pero el resto de Gran Bretaña era esencialmente pagana. Alemania, Escandinavia, Hungría, el mundo eslavo - todo eso y más - representaba el “campo misionero” de la Iglesia Occidental de la Edad Media. Conocemos los nombres de muchos de los misioneros, verdaderos apóstoles. ¿Y las mujeres? Una lectura más cuidadosa muestra que, así como sucedió en la Iglesia Antigua, la mujer contribuyó significativamente al avance misionero del período. Una figura que destaca aquí es la de la reina o emperatriz, casi la única “profesión” generalmente aceptada para la mujer cristiana.

Finalmente, complementando los datos sólidamente establecidos, existen leyendas que también ayudan al

historiador a interpretar esta era. Una leyenda que persistió durante mucho tiempo, probablemente sin base histórica real alguna, es la leyenda de la Papisa Juana. A pesar de sus elementos extravagantes, la existencia y permanencia del cuento prueban no sólo que el pueblo apreciaba una buena historia, sino también que el o la inventora de la historia admitía la capacidad de la mujer como maestra y teóloga y aun como jefe de toda la cristiandad. La larga aceptación de la leyenda, hasta por algunos papas, también muestra que la mente popular no descartaba tal posibilidad. Estas consideraciones, no necesariamente en el orden de presentación, conformarán el grueso de este Segundo Período de la presente historia.

1. La mujer medieval y el monaquismo

El ideal representado por la antigua costumbre de los votos de virginidad perpetua resurgió bajo diversas modalidades en la Iglesia Medieval, a pesar de los esfuerzos de la iglesia por institucionalizar el ascetismo. En el siglo VIII, por ejemplo, durante la organización de la Iglesia en Turingia por el célebre Bonifacio, era común que una muchacha hiciera votos de virginidad perpetua sin entrar en un monasterio. Esta situación le parecía peligrosa e irregular a Bonifacio, quien se esforzó por lograr que estas vírgenes consagradas ejercieran su vocación dentro del convento, donde la tentación de renunciar a su voto sería mínima.⁷ Pero la idea no murió; volvería, no sólo en casos aislados como el de Santa Catarina de Siena, sino también en movimientos como las beguinas y en las órdenes terciarias. En este capítulo describiremos no sólo las formas más oficiales, sino también otras más populares y laicas de la consagración a la virginidad perpetua.

En el primer período señalamos la extraordinaria respuesta de la mujer italiana y norafricana a las persuasivas

predicaciones de Ambrosio de Milano, lo cual produjo un ingreso masivo de mujeres a conventos italianos. Fue también en Italia que el monaquismo occidental tomó su forma clásica, según la célebre Regla de San Bento de Nursia. La fama de Bento es merecida, pero contribuyó al olvido de su hermana gemela, Escolástica. Poco sabemos de la infancia de Escolástica, además de que nació alrededor de 480 en una familia de la vieja aristocracia romana. Pero, a juzgar por su vida posterior, ella debe haber compartido el ideal ascético de su hermano Bento. Este, luego de varios años como ermitaño, resolvió establecer su primer monasterio en Monte Cassino, lugar donde aún se celebraban ritos paganos. Después de destruir el bosque y el altar sagrado dedicado a los antiguos dioses, Bento estableció un nuevo modelo cristiano, una comunidad que, en las palabras de William R. Cannon, pretendía una vida de “negación de sí y de devoción altruista a Dios y a las necesidades de los demás.”⁸ Pero esta nueva fase del monaquismo en el occidente no fue exclusivamente masculina; Escolástica estableció un convento similar en su forma y orientación en Plombariola, no muy lejos de Monte Cassino.⁹ La historia posterior del movimiento en el occidente es un relato de establecimientos masculinos y femeninos que se complementan mutuamente.

1.1 Monasterios mixtos

Los conventos proliferaron no sólo en aquellos lugares donde las monjas procuraban dedicarse en forma integral al servicio de Dios. En algunos lugares surgieron, paralelo al establecimiento de los monjes, monasterios mixtos.

Como notamos en el primer período, el establecimiento monástico de Macrina en Anesí, que al principio hospedó sólo mujeres, pasó a incluir también hombres, entre ellos, Basilio de Cesarea. Era, entonces, una especie de “monasterio mixto”, dirigido no por Basilio sino por Macrina. Diversas

modalidades se popularizaron en el oriente. Juan Sassiano probablemente introdujo la práctica en Galia, donde se difundió hacia España y Alemania. Walker dice que Sassiano visitó el Oriente, incluyendo Egipto, y que “fundó un monasterio y un convento (para monjas) en Marsella en 415, más o menos...”.¹⁰ Otro centro de monasterios mixtos fue Iona, un gran centro celta desde el cual Aidano introdujo la idea en Inglaterra. Beda, llamado “el venerable,” historiador de los primeros siglos de la Iglesia en Inglaterra, proporciona valiosas pistas para la comprensión de este proceso. He aquí dos ejemplos, ambos de los escritos de Beda.

El primer ejemplo viene de la historia de Hilda, fundadora del famoso monasterio mixto de Streaneshalch, mejor conocido como el monasterio de Whitby. Hilda como hija de Hererico, sobrino del Rey Edwino, pertenecía a la nobleza inglesa. Su hermana fue madre de Aldwulfo, Rey de Aglia Oriental. Hilda inició su vida monástica en el monasterio de Hiruteu, fundado por Heiu. Ella es considerada como la primera monja de Nortumbria y fue consagrada por el propio Aidano, misionero pionero del norte de Inglaterra. Hilda luego fungió como abadesa de Hiruteu, y Beda nos informa que Aidano y sus compañeros la visitaban frecuentemente y “diligentemente la instruían a causa de su sabiduría innata y su dedicación al servicio de Dios”.¹¹ Su experiencia como monja y abadesa fue un paso preparatorio para su obra principal, la fundación y dirección del monasterio mixto de Whitby.

Para apreciar un poco mejor el verdadero sentido de lo que significaba ser abadesa, debemos recordar que el cristianismo celta de la época se organizaba en torno al clan o la tribu y no a la diócesis. El monasterio o convento era el verdadero centro de la vida religiosa del clan y, por ende, la suprema autoridad eclesiástica era el abad o la abadesa y no el obispo. En otras palabras, Hilda, en su calidad de abadesa de Hireteu, y posteriormente de Whitby, ejercía autoridad eclesiástica igual a la de los obispos en otros países.

Hilda fundó y gobernó el monasterio de Whitby en tierras donadas por el propio Rey Oswy. Según Beda, el monasterio se caracterizó por la pobreza, la castidad, la lectura de las escrituras y las “obras de justicia”. Tan grande fue la fama de la abadesa Hilda que reyes y príncipes vinieron a pedir y recibir sus consejos.

Beda no especifica la estructura del monasterio mixto, pero dos datos dejan claro que Whitby era ese tipo de institución. El primero es que Beda menciona cinco monjes de Whitby que llegaron a ser obispos: dos de ellos de la Catedral de York, la segunda más importante de toda Inglaterra, a saber: Bosa, Hedda (o Aetta), Oftfor, Juan y Wilfrid.¹² El otro dato es que Caedmon, un humilde siervo que había recibido su inspiración para componer canciones mientras se recostaba sobre la paja en un establo del monasterio, fue internado en el monasterio como hermano laico, enseñando historias de la Biblia y motivando la traducción de las historias de Génesis y otras partes de la Biblia (hasta entonces sólo disponibles en latín) al idioma anglo-sajón. El caso del hermano laico Caedmon no sólo confirma el aspecto mixto del monasterio, sino que también revela la sensibilidad de la abadesa Hilda al reconocer el talento de un campesino analfabeto y estimularlo en su creatividad. Whitby se hizo famoso en la historia eclesiástica ya que fue en este monasterio mixto donde se realizó un famoso sínodo en 663; un intento por definir ciertas tradiciones y costumbres, como, por ejemplo, la fecha de la pascua. Curiosamente, el Rey Oswy celebraba la pascua en la fecha establecida por el cristianismo celta; su esposa Eanfleda (originaria del sur de Inglaterra) prefería la fecha de la Iglesia Romana. En el sínodo se tomó una decisión a favor del uso romano. Whitby fue un monasterio mixto, fundado por una mujer. De allí salieron obispos, inclusive obispos de York. Beda no deja ninguna duda sobre quién dirigía la institución - la abadesa Hilda.

Otro ejemplo es el Monasterio de Elí, localizado aproximadamente veinte kilómetros al norte de Cambridge en una zona denominada la “Isla de Elí”. Beda informa que el monasterio fue fundado por Eteldrida, quien abdicó a su trono para abrazar la vida monástica. Naturalmente Eteldrida fue la abadesa, agregando el prestigio de su antigua posición de reina a la autoridad inherente al puesto de abadesa. Luego de siete años como directora del monasterio, murió y su cuerpo fue depositado en un cajón de madera. Quien sustituyó a Eteldrida fue, en concordancia con la estructura celta del clan¹³, su hermana Sexberga (viuda de Erconberto, Rey de Kent). Dieciseis años después de la muerte de Eteldrida, la abadesa Sexberga resolvió erigir una tumba permanente de mármol para los huesos de su fallecida hermana, en sustitución del viejo cajón de madera. “Ordenó a algunos de los hermanos que buscaran la piedra.” Estos inmediatamente obedecieron las órdenes de su superiora y Sexberga prosiguió con sus planes. “Cuando, después de tantos años, sus huesos fueron retirados de la tumba, toda la congregación de hermanas estaba de un lado y la de los hermanos de otro, de pie alrededor de él, cantando, se descubrió que el cuerpo se había conservado intacto.”¹⁴

Esta descripción, aunque un tanto breve, es suficiente para percibir la estructura interna del monasterio de Elí. Tenemos una sola persona, la abadesa, dirigiendo toda la institución, la cual abarca una congregación de hombres, una de mujeres y una iglesia de uso común con un lado reservado para los hermanos y otro para las hermanas. Las órdenes de la abadesa eran necesariamente acatadas de igual forma por los hermanos y las hermanas.

Los ejemplos citados anteriormente tienden a confirmar la declaración de G. Ciprian Alson, “en muchos monasterios mixtos, la soberanía estaba en manos de la abadesa y tanto los monjes como las monjas estaban sujetos a su autoridad.”¹⁵ Dada la importancia de algunos de estos monasterios para la

evangelización de Gran Bretaña, la autoridad de las abadesas de los principales monasterios (por encima de la de los obispos), y también la verdadera influencia que mujeres como Hilda ejercieron, la conclusión inevitable es que algunas mujeres en la Gran Bretaña ejercieron los puestos eclesiásticos más altos que habían. Ni el Papa mismo ejercía autoridad en Whitby, en términos reales, a la par de la de Hilda antes del Sínodo de 663.¹⁶

Ya que no es nuestro objetivo describir todos los monasterios mixtos, mencionaremos aquí apenas uno de los más famosos, el de Fontevrault. “El célebre predicador Roberto de Arbrissel fundó el gran conjunto de Fontevrault, compuesto de tres austeros monasterios femeninos y uno de monjes: seguían todos la Regla de San Bento, bajo la dirección de una abadesa (1106). La principal función de los monjes era servir de capellanes y confesores de las religiosas.”¹⁷ El hecho de que los monasterios mixtos se establecieran en muchas partes de la cristiandad y que muchas veces eran dirigidos por mujeres, es una aceptación de facto, no sólo de la capacidad de la mujer cristiana, sino también de su derecho de participar plenamente de la vida monástica, considerada la expresión máxima de la vida cristiana, inclusive asumiendo el papel de mayor autoridad dentro del sistema del monaquismo.

1.2 Las monjas

Un problema inherente al sistema monástico era el asunto de la riqueza. Los monjes tomaban un voto de pobreza, pero los monasterios, por lo general, se hacían propietarios de mucha riqueza y el abad o la abadesa llegaban a ser señor o señora feudal. Hay mucha evidencia de protestas contra esta situación. Por ejemplo, en la larga y complicada lucha contra la investidura laica, en un momento casi de desesperación, el Papa Pascual acordó con el Emperador

Enrique VI que los obispos de Alemania deberían aflojar su soberanía temporal, con tal de que el Emperador también lo hiciera con su derecho de investidura (1111). Esta medida tan extrema, que hubiera reducido a la Iglesia Alemana a la pobreza, no fue aceptada por la Iglesia. Mientras tanto, la reforma cisterciense, iniciada durante la formación del monasterio de Cister (1098), partió de una radicalidad económica. “Decidieron no admitir tierras, iglesias, feudos, haciendas, rentas, derechos feudales y siervos.”¹⁸ Especialmente después de la entrada de Bernardo de Claraval (c. 1112), el movimiento tuvo un notable brote de crecimiento; para 1153 ya contaba con 343 abadías y su énfasis en la “pobreza apostólica” ganaba fuerza en la Iglesia. El vigor del movimiento de Cister resaltó la incongruencia entre el viejo ideal de pobreza y la práctica de los monasterios tradicionales, donde ya era difícil que una muchacha pobre entrara a un convento.¹⁹

Las nuevas órdenes mendicantes, las órdenes segundas, las órdenes terciarias y, finalmente, las beguinas, también deben ser vistas como una protesta contra esta tendencia de excluir, en la práctica, a muchachas pobres de la vida monástica tradicional, como también una lucha por abrir nuevos espacios para la democratización del ideal de la “pobreza apostólica”.

Los frailes mendicantes, un nuevo movimiento introducido por Francisco de Asís y Domingo como parte del nuevo énfasis de la pobreza apostólica, presentan un contraste chocante frente al monaquismo tradicional de principios del siglo XIII. Francisco atrajo un grupo de cristianos dedicados a la imitación de Cristo, especialmente en lo referente a la pobreza absoluta. Su primera regla logró la aprobación del Papa Inocencio III en 1209, y luego el humilde movimiento se volvió popular, esparciéndose por Italia. A partir de 1217 salieron sus misioneros a diversos países de Europa y hasta la Tierra Santa. En ausencia de su fundador, quien también

salió para Egipto y la Tierra Santa en un esfuerzo por evangelizar a los musulmanes (1219-20), se inició el proceso de transformación de la humilde confraternidad de Francisco en una nueva orden, lo que efectivamente sucedió por medio de una bula del Papa Honorio III en 1223.

Clara (1194-1253), una joven noble, a los dieciséis años escuchó a Francisco predicar en Asís y se aferró a su mismo ideal. Francisco primero probó su sinceridad enviándola, vestida de arpillera, a pedir limosnas para los pobres en las calles de Asís. No mucho después, en el año 1212, Francisco ordenó que ella se vistiera de novia y se presentara en la iglesia de Porciúncula;²⁰ allí él mismo le cortó el cabello y le dio la ruda vestimenta franciscana.

Luego de dos años en un convento benedictino en Asís, Clara y dos hermanas más jóvenes fueron al convento de San Damián. La sinceridad de las convicciones de Clara en cuanto a la pobreza era evidente por el hecho de que ella se rehusó a recibir, ni para ella ni para su convento, la rica herencia de su padre; donó todo a los hospitales o directamente a los pobres. No parece haber duda de que Clara encarnaba el espíritu de Francisco, tanto que durante los primeros años las “pobres claras” eran gobernadas por dos pequeños escritos de Francisco, cada uno de apenas cinco líneas: la “Forma de Vida” y el “Ultimo Testamento.” En conjunto, estos papeles no constituían una “regla”; en realidad sólo inculcaban el ideal de la pobreza absoluta.

Durante la ausencia de Francisco de 1219 a 1220 que mencionamos anteriormente, el Cardenal Hugolino compuso una regla para las Pobres Claras que pretendía transformarlas en una orden esencialmente benedictina, suprimiendo las características franciscanas. Clara no aceptó esta nueva situación y, en verdad, no podía aceptarla personalmente. “La relación de amistad y simpatía entre Santa Clara y San Francisco era muy estrecha, y no hay duda de que ella fue

una de las más leales herederas del espíritu más íntimo de Francisco.”²¹ O, como observó Edith Deen, desde hacía mucho Clara se había colocado totalmente bajo la orientación de Francisco, “considerándolo, después de Dios, el director de sus pasos.”²² Por lo tanto, ella no descansó hasta conseguir la alteración de la regla y la restauración de su espíritu franciscano. La “segunda regla” de 1247 en gran parte respondió a sus deseos; pero fue la “tercera regla”, (1253), comúnmente llamada la “Regla de las Claras”, que estableció el énfasis sobre la pobreza, la reclusión y la austeridad que ella deseaba. Esta tercera regla fue aprobada por el Papa el 11 de agosto de 1253, apenas dos días antes de la muerte de la fundadora.

Durante los 40 años en que Clara fue abadesa de San Damián casi no salió del convento. Pero el movimiento no podía permanecer recluido de la misma forma. Antes de la muerte de Clara la segunda orden ya se había esparcido por toda Italia y había llegado también a España, Francia y Alemania. No llegaría a Inglaterra hasta 1293; el barrio de Londres donde se instalaron las Pobres Claras llegó a llamarse Minories, preservando en forma corrupta el nombre de la orden. El caso de la princesa Agnes, hija del Rey Ottokar I de Bohemia, ilustra la expansión de las Claras. Agnes, solicitada en matrimonio por dos reyes, escribió a Clara pidiendo su consejo: ¿debería o no entrar en un convento? Más adelante Clara envió a cinco de sus monjas a abrir un convento en Praga. La Princesa Agnes, acompañada por más de siete jóvenes de la nobleza bohemia, entró a las Pobres Claras, “cambiando sus vestidos adornados de joyas por las ásperas ropas color de ceniza” de la Segunda Orden.²³

Surgió también, casi simultáneamente, una segunda orden de dominicos, con ideales semejantes a los de los dominicos, o sea la orden de predicadores. Las monjas dominicas se mantenían estrictamente enclaustradas y se dedicaban exclusivamente a la vida contemplativa. No será necesario historiar este grupo detalladamente. Lo que queremos apuntar

es que, paralelamente con el ala masculina de esta nueva forma de ascetismo cristiano (las órdenes mendicantes) fundada por Francisco y Domingo, casi desde el principio las órdenes segundas abrieron el espacio para la participación femenina. A causa de la tendencia natural de movimientos e instituciones a deteriorarse, ¡el testimonio de los cuarenta años en que Clara mantuvo inflexible lealtad al ideal original de Francisco no es menos que notable!

1.3 Las mujeres en las órdenes terciarias

El nuevo impulso generado por las órdenes mendicantes se detuvo con las órdenes segundas. No todos los cristianos devotos y aun leales a ideales semejantes a los de Francisco estaban dispuestos a entrar a la orden de los “Hermanos Menores” o a la segunda orden, la de las Pobres Claras. Más bien, si Francisco lo hubiera podido evitar, ¡su humilde movimiento laico nunca se hubiera transformado en orden! Pero, después de su ida al Oriente Medio, período en que su movimiento fue institucionalizado, el propio Francisco creó una regla para los “Hermanos y Hermanas de la Orden de Penitencia” (1221), lo que pasaría a ser la “orden tercera” o sea los “terciarios”. Francisco pretendía que los miembros fueran mujeres y hombres que vivieran en el mundo pero que a la vez encarnaran los ideales franciscanos. Pero más tarde, los mismos terciarios se dividieron en los Terciarios Regulares, quienes vivían juntos en comunidad formando congregaciones religiosas, y los Terciarios Seculares (más de acuerdo con el plano original), quienes vivían en el mundo, constituidos por mujeres y hombres que se dedicaban a la educación, al cuidado de enfermos y huérfanos y a la práctica de buenas obras en general. (Véase más adelante la obra de Santa Isabel de Turingia).

En verdad, la reforma de Hirschau (o Hirsau), un viejo monasterio reactivado y adecuado en la reforma de Cluny

que se convirtió en el centro de la reforma monástica de todo el sur de Alemania, había producido algo paralelo a las órdenes terciarias, ya que familias buscaban las orientaciones de los monjes de Hirschau y muchos que no entraban al monasterio “resolvieron dirigir su hogar de acuerdo con la regla monástica.”²⁴

Para economizar espacio, no discutiremos el movimiento paralelo entre los dominicos, además de constatar que: “Santo Domingo también instituyó...la orden tercera que se esparció rápidamente por toda Italia.”²⁵

Las órdenes terciarias ofrecieron un espacio más para el servicio cristiano femenino. La fundación de estas obras demuestra que personas como Francisco y Domingo no excluían de este tipo de ministerio a personas ni por su sexo ni por su estado civil. Significa que personas que no querían abandonar su matrimonio o su profesión, o sea que no deseaban romper sus relaciones con el mundo, no por eso eran excluidos de los ministerios cristianos. La popularidad de las órdenes terciarias revela que el ideal de la pobreza evangélica realmente estaba penetrando profundamente en el grueso de la iglesia.

1.4 Las beguinas

Nuestra consideración de las diversas formas del monaquismo como opción para el ejercicio de los ministerios femeninos sería incompleta si no mencionáramos un movimiento que surgió y se popularizó más o menos en la misma época que la de Francisco y Domingo. Se trata de las beguinas,²⁶ un movimiento sumamente popular que se esparció a través de Europa y tuvo una duración notable.²⁷ A pesar de ello, no tenemos un cuadro histórico muy claro de lo que eran las beguinas. Muchos de los historiadores parcial o totalmente omiten a estas mujeres de su relato;

otros les dedican apenas un corto párrafo o dos. Pero nosotros estamos obligados a hacer una serie de preguntas, aun cuando las respuestas disponibles sean apenas parciales o controverciales, y a esforzarnos por penetrar un poco más en el sentido de este movimiento tan inadecuadamente investigado.

¿Quiénes, al fin, eran las beguinas? y ¿cómo empezaron? A pesar de su popularidad, que casi todos los historiadores admiten, el movimiento permanece básicamente anónimo. Hasta ahora en esta historia hemos destacado, tal vez excesivamente, los nombres de las protagonistas, pero las beguinas se mantienen sin rostro y sin nombre. Con todo, sabemos que el movimiento consistía en comunidades de mujeres de una diversidad de clases socioeconómicas, incluyendo mujeres viudas. No tomaban votos perpetuos como en las órdenes. Sabemos de sus actividades en forma general. Además de la oración, “se dedicaban a trabajos como el tejido, o a las buenas obras como la enseñanza y la atención de los niños; eran devotas, alcanzando muchas veces una espiritualidad profunda.”²⁸

El origen del movimiento está en disputa; historiadores como Justo González consideran “oscuro” el origen del nombre beguina. Knowles y Obolensky concuerdan, sugiriendo que posiblemente sea una corrupción de “*alBEGINois*”, seguramente porque en muchos lugares “beguina” fue usado como término despectivo, equivalente a hereje. Williston Walker, entre otros, identifica a Lamberto de Bègue, predicador de Liege, Países Bajos, como el fundador del movimiento.²⁹ En este caso el nombre, beguinas, se derivaría de “Bègue”.

Finalmente, había una figura clave en las comunidades beguinas que nos gustaría conocer mucho más de cerca, a saber, la “maestra”. Suponemos que ella desempeñaba funciones semejantes a las de la abadesa en un convento

común. Como “madre” de la comunidad, la “maestra” debió haber tenido una relación tipo maestra-discípula con las otras mujeres de la comunidad. En el ejercicio de su función de maestra, ¿habrá enseñado la Biblia y la doctrina cristiana? ¿Habrá dirigido las oraciones y el culto comunitario? ¿Se habrá atrevido a celebrar la eucaristía? Lamentablemente no tenemos respuesta fidedigna a ninguna de estas preguntas, pero la misma existencia de la figura sugiere un ministerio muy significativo cuyos detalles la historia no preservó.

¿Cómo eran vistas las beguinas por la Iglesia Católica? Es claro que no tenemos una respuesta simple a esta pregunta. Hay indicios de que al principio hubo obispos que las apoyaban, pero otros prohibieron el establecimiento de las beguinas en sus diócesis. A finales del siglo XIII empezó a prevalecer una oposición general de parte de la Iglesia oficial.

¿Por qué surgió esta oposición generalizada? Sabemos cómo la Iglesia reaccionó; tenemos que inferir los motivos. Sabemos que la iglesia reaccionó en dos niveles distintos: primero, la prohibición de los obispos, siendo el obispo la mayor autoridad eclesiástica de la diócesis. Pero además de esta oposición ostensible y oficial, la iglesia también reaccionó tildando el movimiento de herético. Para percibir el impacto emocional de este tipo de ataque debemos recordar que “hereje” en la Edad Media tenía el mismo tipo de connotación que “comunista” en el siglo XX, *mutatis mutandis*. El éxito de esta campaña dedicada a desacreditar a las beguinas es evidente por el hecho de que el nombre llegó a ser casi el equivalente a herético en el lenguaje popular. Sin negar la posibilidad de que aparecieran heterodoxas entre las beguinas, ya que esto acostumbra acontecer en todos los movimientos importantes, sean masculinos o femeninos, nos inclinamos hacia la opinión equilibrada de Knowles y Obolensky:

*Sin ninguna relación con las órdenes religiosas, y practicando una piedad autodidacta, fueron muchas veces objeto de hostilidades y críticas, acusadas de herejía, principalmente de catarismo e iluminismo. Los términos beguina y beguinaría provocaban desprecio e injurias. Las acusación era en general sin fundamento...*³⁰

La Iglesia oficial se opuso a las beguinas, que no estaban dentro del sistema oficial del monaquismo. En contraste con Francisco y Domingo aparentemente nunca buscaron la cobertura oficial del Papa. Era un movimiento paralelo, laico y muy popular. En palabras de Justo González, el estilo de vida de las beguinas “amenazaba la estructura de la iglesia porque no constituía una orden oficialmente establecida y tampoco seguía el estilo de vida de los demás laicos.”³¹ Esta última parte ayuda a explicar, al mismo tiempo, la popularidad del movimiento entre las mujeres y la oposición oficial que sufría. Los beguinajes ofrecían a la mujer un estilo de vida alternativo, lo que aparentemente muchas de ellas deseaban. El hecho de que muchas mujeres optaban por la alternativa de los beguinajes realmente era un cuestionamiento a la sociedad dominada por los hombres; dada tal amenaza, la oposición que surgió frente al movimiento es bastante predecible.

El convento tradicional, el monasterio mixto (muchas veces bajo dirección femenina), las órdenes segundas, las órdenes terciarias, las beguinas - todos los aspectos del monaquismo *latu sensu* - ofrecieron oportunidades para que las mujeres ejercieran su ministerio como discípulas de Jesucristo. Es obvio que no toda mujer que entraba a la vida religiosa lo hacía sin una mezcla de motivaciones (como acontecía también con los hombres). Justo González plantea un elemento importante en esta motivación:

Es muy probable que en parte este impulso entre las mujeres fuera motivado por el hecho de que la vida monástica era la única forma en que ellas, aún las más ricas, podían escapar de una vida

*completamente dirigida por los deseos y decisiones de otros - padres, hermanos, esposos e hijos.*³²

El tiene razón: además del simple deseo de servir a Dios, buscaban autonomía, como un valor en sí y como medio para el desempeño de su ministerio. También luchaban por preservar el espacio así conquistado, a veces por métodos sorprendentes.³³

2. La mujer medieval y la expansión del cristianismo

Algunos acercamientos a la historia del protestantismo otorgan una importancia exagerada, casi exclusiva, a la conversión del individuo. Esto puede ser ilustrado por algunos sucesos típicos. Los puritanos, o congregacionistas, que salieron de Inglaterra en busca del Nuevo Mundo, pretendían crear una nueva civilización que fuera un modelo para el Viejo Mundo, particularmente para Inglaterra. Fundamental para su pensamiento era la afirmación de que la Iglesia estaba constituida por “cristianos visibles” que tenían una experiencia personal de fe en Cristo y cuyos hijos nacían naturalmente dentro del pacto y, por esta razón, con derecho al bautismo infantil. Fue grande la frustración de este grupo cuando los hijos de aquellos que vinieron en 1620 difícilmente pudieron dar testimonio del mismo tipo de experiencia religiosa que sus padres. Así nació el Halfway Covenant (1660) que extendía el privilegio de bautismo infantil a hijos de padres que, aunque no fueran “cristianos visibles”, estaban firmemente relacionados y participaban en la vida de la iglesia.

Otro grupo que ha enfatizado la experiencia del nuevo nacimiento son los pietistas. El énfasis pietista ha sido central entre los metodistas a causa de la célebre experiencia de Juan Wesley en Aldersgate, cuando alcanzó la seguridad

de la fe salvadora y sintió su corazón enardecer en forma singular. Otro ejemplo es el de la frontera norteamericana, donde en los *camp meetings* (reuniones de campamento) y en las ciudades en las *protracted meetings* (series prolongadas de reuniones evangelísticas), el acento fundamental era la conversión del individuo.³⁴

Pero en la larga historia de la expansión del cristianismo, la Iglesia ha avanzado mucho más por conversión de grupos, pequeños y grandes, que a base de conversiones individuales, aunque éstas también tienen su importancia innegable. El patrón más frecuente en la época del Nuevo Testamento parece haber sido la conversión y el bautizo de familias, incluyendo, naturalmente, los sirvientes de las mismas (Cp. Hch 10.22-47; 16.15; 16.31; ICo 1.16). Comúnmente la conversión de una ciudad, estado o país seguía la conversión de los monarcas, como en Georgia, donde Nina primero convirtió a los soberanos.

2.1 La vocación misionera de la reina cristiana

La importancia de la conversión de los soberanos para lograr la de todo un pueblo naturalmente no era desconocida por la Iglesia; al contrario, era parte de la estrategia misionera durante la Edad Media. Tampoco se desconocía que una de las mejores tácticas para llegar al rey es a través de su reina. Es probable que la vocación misionera de la reina cristiana sea un asunto que merezca más atención de lo que comúnmente recibe.

El caso de Clotilde y Clovis, soberanos de Francia, a pesar de que ocurrió pocos años antes de 500, tiene la especial ventaja de ilustrar las principales tareas misioneras en Roma durante este período. Primero, la necesidad de divorciar a los pueblos germánicos que habían invadido el territorio del imperio de su arianismo, incorporándolos a la comunidad romana.³⁵ Segundo, evangelizar a los germánicos

y a los pueblos del norte y este del continente que aún permanecían leales a sus religiones de origen. Finalmente, además de la conversión formal, la aceptación del bautismo cristiano y la adhesión a Roma, hacía falta la ardua tarea de transformar paganos bautizados en verdaderos discípulos y discípulas de Jesús.

Clotilde era una princesa de los burgundios, una tribu de Galia oriental que había abrazado el cristianismo con la esperanza de que el poderoso Dios de los romanos los protegiera de la furia de los hunos. Posteriormente, alrededor de 450, la mayoría de los burgundios se adhirieron al partido ariano, pero Clotilde mantuvo firme su fe católica. Clovis, Rey de los Francos Sálidos, en búsqueda abierta de ascensión, pidió a la cristiana Clotilde en matrimonio en 493. Clotilde se preocupó por la conversión de su marido desde el matrimonio, pero él cedió sólo hasta el punto de consentir al bautismo de sus hijos. Aparentemente estuvo impresionado con el poder del Dios de Clotilde y la eficacia de sus oraciones a favor de su hijo Clodomer, cuya enfermedad había parecido mortal.

Gregorio de Tours, en su célebre *Historia de los Francos* nos ofrece un dramático relato de la conversión y el bautismo de Clovis. Citamos una breve sección a continuación:

Ahora la reina instaba sin cesar al rey para que confesara al Dios verdadero y abandonara sus ídolos, pero no consiguió de ninguna manera llevarlo a esa creencia, hasta que finalmente el luchó con los alamanos; entonces fue obligado por la necesidad a confesar lo que de su libre voluntad había negado. Aconteció que cuando los dos ejércitos entraron en batalla, hubo terribles muertes, y el ejército de Clovis se veía arruinado...Entonces el exclamó en voz alta: "Tú que eres proclamado por Clotilde Hijo del Dios vivo,...yo te imploro de corazón devoto a la gloria de tu ayuda. Si tú me das victoria sobre estos enemigos,...entonces también creeré en tí y seré bautizado en tu nombre."³⁶

Al ganar la batalla, Clovis y tres mil de sus hombres fueron bautizados el día de navidad de 496 por el Obispo Remigio en Reims. Considerando la parte decisiva que Francia tendría en la historia del cristianismo, la influencia de Clotilde en la conversión de su marido tiene un valor considerable.

Un momento pictoresco en la vida de Clovis, luego de su bautismo, ilustra la última etapa del desafío misionero, la de hacer de los paganos bautizados verdaderos cristianos. Al escuchar un sermón sobre la muerte de Jesús a instancia de los judíos, Clovis se llenó de indignación y rabia contra ellos, exclamando: “¡Si yo hubiera estado allí con mis francos, hubiera vengado ese mal!”³⁷ Esta última etapa, la de enseñar la doctrina e inculcar la vivencia cristiana, contó grandemente con la colaboración de los monasterios y conventos donde, como vimos anteriormente, la participación de la mujer era decisiva en todos los niveles.

En Bretaña el cristianismo floreció en los tiempos romanos, pero casi había desaparecido con la invasión de las tribus paganas de los anglos, los sajones y los jutos. Así la vieja Bretaña, ahora tierra de los anglos (Inglaterra) volvió a ser un campo misionero. El papel de la reina cristiana en este proceso puede ser simbolizado por Berta y Etelberto. A finales del siglo VI Inglaterra se encontraba subdividida en diversos pequeños reinos, siendo el de Kent, en el sector sudeste, el más importante y el más ligado al continente. Cuando el Rey de Kent, Etelberto, pidió la mano de la hija del Rey Chariberto de Francia, éste asintió, con la condición de que la Princesa Berta pudiera practicar libremente su religión cristiana. Así que Berta viajó para Kent “ con el Obispo Luidhard, quien fue enviado con ella a fin de preservar su fe.”³⁸ Berta no sólo se mantuvo fiel al cristianismo, sino que también logró iniciar la evangelización de su marido, el rey. Ella, con su capellán personal, el Obispo Luidhard,

celebraba en la pequeña Iglesia de San Martín, preservada de los tiempos romanos.³⁹ Todo esto fue preparación para la fructífera evangelización del Reinado de Kent, pues en 596 el Papa Gregorio Magno envió a Agustín y cuarenta monjes para realizar esta tarea. El Rey Etelberto, luego de vencer su miedo al “poder mágico” de esos emisarios de Dios, recibió bien a los monjes, dándoles permiso para levantar un monasterio y usar la Iglesia de San Martín. La conversión del Rey no duró mucho; el domingo de Pentecostés de 597, Agustín, ya Obispo de Cantuaria, bautizó al Rey y diez mil de sus súbditos. Gregorio Magno le escribió una larga carta a Berta, “Reina de los Anglos”, en la que enfatizó su deber de fortalecer la fe de su marido Etelberto, su amor a Dios y su celo por la conversión de la nación.⁴⁰

Por lo tanto, la reconversión de Inglaterra tuvo su inicio en Cantuaria, lugar que se convirtió en la sede principal de la iglesia de Inglaterra, y desde donde el cristianismo irradiaría hacia otros reinados ingleses, empezando con Nortumbria. Con la muerte de Berta y Etelberto, Eadbald subió al trono. Luego de un período de apostasía, Eadbald reasumió firmemente la fe de sus padres. Así, cuando en 625 el Rey Edwin de Nortumbria pidió la mano de la princesa Etelberga, fue su hermano quien dio la respuesta: “Que no era legítimo que se casara una virgen cristiana con un marido pagano, para que no se profanara la fe y los misterios del rey celestial por cohabitar con un rey totalmente extranjero a la adoración del Dios verdadero.” Edwin prometió permitir que Etelberga ejerciera libremente su fe, así como todos aquellos que la acompañaran; también admitió la posibilidad de que él mismo abrazara el cristianismo si, luego de un examen conveniente, se mostrara superior a la religión de sus antepasados.⁴²

Los términos del contrato matrimonial muestran la clara intención de ganar a Edwin para la fe cristiana. También el Papa Bonifacio IV vio el matrimonio como una oportunidad propicia para la expansión del cristianismo al reinado de

Nortumbria. Escribió una larga carta a fin de persuadir a Edwin que abandonara sus impotentes dioses y se volviera a la adoración del supremo Dios creador del universo. No dejó de mencionar el hecho de que la Reina Etelberga ya había sido “iluminada con el galardón de la eternidad, por la regeneración del santo bautismo.”

Bonifacio también compuso, en el año 625, una epístola a Etelberga en la que fuertemente la exhortó a que persuadiera a Edwin a convertirse a la fe cristiana.

Persiste, por lo tanto, ilustre hija, y al máximo de tu poder esfuérgate para suavizar la dureza de su corazón por medio de la enseñanza de los preceptos divinos; haciéndolo percibir cuán noble es el misterio que tú recibiste por la fe, y cuán maravilloso el galardón que, por el conocimiento del Espíritu Santo que, por la abolición de la fría y perniciosa adoración del paganismo, el calor de la fe divina pueda iluminar su mente a través de tus frecuentes exhortaciones; a fin de que el testimonio pueda presentarse más conspicuo, cumplido por tí, “El marido incrédulo será salvo por la esposa creyente.” Para esto obtuviste la misericordia de la bondad del Señor, a fin de que puedas regresar con el incremento del fruto de la fe, y los beneficios confiados en tus manos; pues gracias a su misericordia, no cesamos con frecuentes oraciones a rogar que tú puedas hacer lo mismo.⁴³

No fue sin dificultad que el Rey Edwin llegó a aceptar el bautismo cristiano. El primer paso fue su consentimiento al bautismo cristiano de su hija Eanfled, la primera persona de Nortumbria en recibir el bautismo. El punto culminante vino en un concilio que Edwin convocó para que el pueblo decidiera entre los viejos dioses anglo-sajones y Cristo. Una fuerte predicación del Obispo Paulino convenció hasta al sumo sacerdote Coifi a dejar la vieja religión; como señal, el mismo tiró su lanza contra el templo pagano y cuando su dios Woden no lo fulminó, ordenó la destrucción del templo. No mucho después, en York, fue construida una iglesia de madera, donde el Rey Edwin fue bautizado en el día de la resurrección del año 627.⁴⁴

Una historia más completa incluiría la conquista de los otros reinos ingleses. En verdad, contamos una parte de esa historia anteriormente cuando describimos los monasterios mixtos de Whitby y Elí, pues el convento y el monasterio desempeñaban un papel prioritario en el proceso de cristianización de cualquier pueblo medieval. Luego del primer momento, a saber, el bautismo del rey o su derrota en conflicto armado con fuerzas cristianas, venía el segundo, la interiorización de la fe - tarea que caía principalmente en manos de los monjes y las monjas. En el norte de Inglaterra, el Rey Penda se oponía vigorosamente a la nueva fe; su derrota y muerte en 655 en la decisiva Batalla de Winwaed,

*marca el final de la larga lucha entre Nortumbria y Mercia, entre la iglesia y el paganismo...La iglesia se encontraba victoriosa por todas partes. Ella comenzó inmediatamente a ocupar el campo vacío. Casas religiosas fueron establecidas en Whitby, Chester, Peterboro y Boston; seis episcopos se establecieron entre los sajones orientales y los mercianos del sur.*⁴⁵

Pero no sólo en Inglaterra debían ser convertidos los pueblos germánicos, tanto arianos como no-cristianos. Para nuestros propósitos será suficiente tratar de comprender el papel desempeñado por las mujeres en la evangelización de los lombardos, un pueblo que ocupaba la tierra en lo que hoy es el extremo norte de Alemania y Polonia. A partir de 568 pasaron a ocupar el norte de Italia, donde formaron un poderoso reinado, cuya capital fue Ticinum, o sea, la moderna Pavia. Poco antes de que Gregorio Magno subiera al trono papal, Autari había surgido como rey de los lombardos e iniciado el proceso de consolidación de esa nación germánica. Naturalmente ese pueblo, seguidor del arianismo, constituía una especie de amenaza para Roma. Pero Gregorio reconoció su incapacidad de expulsarlo; su conversión era el camino indicado tanto desde el punto de vista político como religioso.

La reina de Autari fue Teodolinda, hija de Garibaldo, duque de Baviera, cristiana y católica. Ya había algún

contacto entre los lombardos y los italianos, al punto de que un número significativo de lombardos bautizaron a sus hijos como católicos romanos. El Rey Autari, considerando esto una amenaza, prohibió la práctica. Teodolinda no logró su conversión al catolicismo. Autari murió poco después de su matrimonio. Pero la viuda resultó ser muy popular entre su pueblo, hasta el punto de que ella, como reina de los lombardos, pudo escoger entre los nobles a aquel que sería su marido y rey de los lombardos. Escogió a Aguilulfo, duque de Turino. Hay alguna duda de si Aguilulfo adoptó el catolicismo durante su vida o no, pero Pablo el diácono afirma que sí. En todo caso, la influencia de Teodolinda sobre el Rey Aguilulfo se constata por su parte en el establecimiento de la paz entre los lombardos y Roma, hecho por el cual ella mereció una carta de agradecimiento del Papa Gregorio Magno.

*Como vuestra excelencia trabajó honesta y bondadosamente, como es vuestra costumbre, por la consecución de la paz, fuimos informados del relatorio de nuestro hijo, el abad Probo. En realidad, no se esperaba otra cosa de vuestro cristianismo si no que, por todos los medios mostraríais vuestra diligencia y bondad en la causa de la paz.*⁴⁶

Si está en duda la conversión de Aguilulfo al catolicismo, es muy claro que el hijo de la pareja, Adaloald, fue bautizado en la fe católica, pues el Papa Gregorio escribió a Teodolinda felicitándola por el hecho que su hijo fuera “recibido en la comunión de la fe católica.” El Papa envió, en la misma ocasión, una cruz que contenía “madera de la santa cruz del Señor.”⁴⁷ Después de la muerte de Aguilulfo en 615, Adaloald asumió el trono, pero en realidad, Teodolinda reinó como regente. Un año antes de la muerte de Aguilulfo, Columbano, famoso monje irlandés, había establecido el monasterio de Bobbio, entre Milano y Genoa. Bobbio siempre ejerció una influencia catolizante y, en 628, pasó directamente bajo control del papa. Teodolinda apoyó el trabajo de Columbano y ella misma estableció iglesias y obras de caridad. Es

inevitable concluir que ella merece una gran parte del crédito por la conversión de los lombardos al catolicismo.

A partir de Columbano, monjes irlandeses y luego ingleses también participaron en la obra misionera en el continente europeo. El más conocido de ellos fue Winfrid (Bonifacio) llamado el “apóstol de Alemania”. La obra que él dirigía, a saber, la conversión de Hesse, la organización de la iglesia en Baviera, la reorganización de la iglesia Francesa y tal vez no menos notable, su martirio en manos de los Frisios, intencionalmente incluyó ministerios femeninos. Una de las cualidades de Bonifacio fue su capacidad de ganar el apoyo y la colaboración de seguidores de ambos sexos. Por ejemplo, mantenían correspondencia con muchos de los líderes de la Iglesia en Inglaterra y recibía de abadesas amigas no sólo sus peticiones sino también libros copiados a mano en sus conventos, así como vestimentas clericales allí confeccionadas.⁴⁸ También invitó a mujeres y hombres, inclusive parientes suyos, para que establecieran monasterios en las partes de Alemania que él evangelizaba, con vistas a la firme fundamentación de la fe de los nuevos conversos. Solicitó al papa el envío de su pariente, el monje benedictino Willibald quien, posiblemente de la línea real de Kent, ya había hecho peregrinaciones a Roma y a Jerusalén. Willibald efectivamente prestó su colaboración haciéndose Obispo de Eichstatt, en Baviera; también Walpurga, hermana de Willibald, sirvió en la misión alemana, a invitación de Bonifacio.⁴⁹ Después él pidió por nombre a otra pariente suya, Leoba (el nombre tiene muchas variaciones) y ella fue abadesa de Bishofsheim.⁵⁰

En la primera parte de esta sección tratamos, con algún detalle, la conversión o reconversión de Galia (Francia), partes de Inglaterra, y de los lombardos del norte de Italia. También dimos una pequeña idea respecto a la obra británica en el continente. Son apenas segmentos de una historia

mayor, de la conversión y romanización de los pueblos germánicos. Un tratamiento completo tendría forzosamente que trazar la conversión de los visigodos en España bajo Ricaredo (587) y las misiones de los monjes británicos en el continente europeo; especialmente las conquistas de Carlo Magno, particularmente de los sajones, episodios que omitimos para no alargarnos demasiado.

Pero la historia de la conversión de Europa es mucho más amplia. Es evidente que ese proceso, concluido antes del final de la Edad Media, no puede ser entendido meramente en términos del envío de misioneros y misioneras para la “conversión de los paganos”. En cierto sentido, el proceso es más bien una capitulación del pueblo no cristiano frente a la cristiandad dominante. A veces toma la forma del rechazo de los viejos dioses comprobadamente débiles y la adoración del poderoso Dios de los cristianos. O, en forma genérica, viene a ser el reconocimiento de la superioridad política, religiosa y cultural de la civilización cristiana.⁵¹ No es sorprendente que el proceso haya sido acelerado por presiones políticas y hasta la acción militar abierta de fuerzas cristianas, esto último a partir de Carlo Magno. Por eso, nombres de soberanos figuran constantemente a lo largo de las autoridades eclesiásticas y de los misioneros. Lo que generalmente falta, o por lo menos encuentra poco lugar en las historias eclesiásticas generales, son los nombres y la información sobre la participación activa de reinas y misioneras. Es una convicción creciente de este autor que este último hecho representa más una omisión por parte de los historiadores que la presencia y participación del elemento femenino.

Williston Walker, por ejemplo, da un relato sucinto de la conversión de Bulgaria, Moravia, Bohemia, los países escandinavos, Hungría, Polonia y Rusia. Menciona apenas un nombre femenino, el de Olga de Rusia, bautizada en 957.

Una lectura de la misma expansión, con un poco más de cuidado e imaginación, sugiere otra realidad. En medio de los avances y de los percances ocasionales, en casi todo lugar descubrimos la influencia de la soberana cristiana a lo largo de todo el proceso. Vamos a mencionar diversos casos para tratar de apreciar mejor esta influencia. Para hacerlo, dependemos grandemente de las historias de misiones, especialmente de K.S. Latourette.

La conversión de Bulgaria es una historia complicada por las rivalidades entre Roma y Constantinopla, un momento de extrema tensión entre el Papa Nicolau I (858-67) y el Patriarca Focio. Como aconteció en otros lugares, los primeros cristianos en Bulgaria fueron esclavos, incluyendo un obispo, capturados en una investida exitosa contra el Imperio Bizantino en 813. Esclavos y esclavas generalmente permanecen anónimos; pero fueron estas mujeres y hombres, sin nombre, sin rostro, los primeros en traer la fe cristiana a Bulgaria. Hubo después predicadores, incluyendo al cautivo Constantino Ciafaras. Este fue liberado para regresar a Constantinopla el mismo año (861) en el que la hermana de Boris, Rey de Bulgaria, retenida como rehén político en Constantinopla, obtuvo permiso para regresar a su país. Ella regresó, pero ya no como pagana, sino como cristiana (ortodoxa) convencida. En una época en que el país fue asolado por una intensa hambruna, ella persuadió a su hermano Boris de que pidiera socorro al Dios de los cristianos; él lo hizo y la hambruna se acabó. Hay una historia, tal vez legendaria, de que esta hermana después buscó un artista cristiano para redecorar el palacio real. En vez de las escenas acostumbradas de la cacería y la guerra, el artista pintó el juicio final, cuadro que de tal forma aterrorizó a Boris que el también aceptó el bautismo cristiano (ortodoxo) en 864 o 865.⁵² Después Boris, por medio de la persuasión, presiones y hasta la fuerza de las armas, hizo de Bulgaria un país formalmente cristiano.

La conversión de Moravia, concomitante con la de Bulgaria, fue también un paso en el proceso de la conversión de Bohemia. Aproximadamente en 861 el Duque Ratislau de Moravia dirigió la siguiente carta al Emperador Miguel III (“El borracho”), en Constantinopla:

*Muchos cristianos han llegado hasta nosotros, algunos de ellos italianos, otros griegos y otros alemanes, y cada cual nos ha hablado a su modo. Pero nosotros, eslavos, somos gente sencilla, y no tenemos quien nos enseñe la verdad... Por eso rogamos que nos envíe alguien que sea capaz de enseñarnos toda la verdad.*⁵³

El emperador envió a los hermanos Metodio y Constantino (este último también conocido como Cirilo, nombre que adoptó al hacerse monje al final de su vida). Realizaron una obra espectacular, incluyendo la creación de un alfabeto, la traducción de partes de la Biblia y de la liturgia oriental al eslavo; en realidad, crearon un lenguaje litúrgico para los pueblos eslavos. Es posible que la obra de Constantino, ya como arzobispo, incluya la conversión de Borsivo y Ludmila, respectivamente Rey y Reina de Bohemia. Cannon, por ejemplo, declara que, en una visita de Borzivoi al Rey Swatopluk de Moravia en 871, aquél le preguntó al Arzobispo Metodio qué lucraría si se hacía cristiano. Metodio había respondido, “un lugar por encima de todos los reyes y príncipes.” Borzivoi y su séquito fueron bautizados y después, la reina Ludmila.⁵⁴

Por la creciente influencia de Alemania sobre Bohemia, ese país se inclinaba hacia Roma y no hacia Constantinopla y terminaría por adoptar la modalidad romana de fe y de culto. Ludmila se convirtió en un elemento clave en el proceso de la conversión de Bohemia, aunque los detalles no siempre son completamente claros. Primero, los hijos de Ludmila y Borzivoi, Spytihnev y Vratislau, fueron siempre considerados como cristianos, aunque no es posible precisar los detalles de su bautismo. Vratislau se casó con Drahomir, cristiana nominal. Por motivos no totalmente claros, pero

que probablemente incluían celos de la autoridad de su suegra Ludmila, Drahomir se apartó del cristianismo y asesinó a Ludmila. Pero el pueblo empezó a venerar la tumba de la antigua reina cristiana y pronto le fueron atribuidos milagros y ella llegó a ser considerada mártir y santa.

Curiosamente, las historias de la conversión de Bohemia generalmente omiten hasta el nombre de Ludmila, quien es la figura clave. Registran, cuando mucho, la historia a partir de Vaclav, hijo de Vratislav y Drahomir. Vaclav, fiel cristiano, exilió a su madre asesina e hizo todo lo posible para el avance de la fe cristiana. Pero, camino a misa, fue asesinado por su propio hermano Boleslau I,⁵⁵ quien instituyó una nueva ola de persecución de los cristianos; y cuando el hijo y tocayo de éste asumió el trono, tanto él como su hermana ya eran fieles cristianos.⁵⁶

Es imposible contar toda la historia de la conversión de Bohemia sin recordar la participación de la mujer cristiana, en particular la de Ludmila, la primera soberana cristiana del país. Fue madre y ciertamente mentora de sus hijos Spytihnev y Vratislav, siempre considerados como cristianos. Fue martirizada en manos de su nuera apóstata y venerada como santa por el pueblo.

A esa altura, Polonia buscaba estrechar lazos políticos con la Bohemia cristiana (católica). Walker dice apenas: “El duque polaco Mieczyslaw aceptó el cristianismo en 967, y en 1000 el Rey Boleslau I (992-1025) organizó la iglesia polaca, con un arzobispado en Gnesen.”⁵⁷ Sin duda, lo que dice es correcto, ¡pero muy incompleto! Mieczyslaw (o Mieszka) de Polonia pidió a la Princesa Dobrava en matrimonio, y su hermano, el Rey Boleslau II, asintió. La conversión de Mieszka, considerada obra de Dobrava, sucedió después del matrimonio y para 968 el establecimiento de la primera catedral episcopal en Pozna formalizó la conversión del país. Tal vez no estará de más mencionar

que, luego de la muerte de Bobrava, Mieszka se volvió a casar, esta vez con Oda, de una noble familia cristiana de Sajonia, lo que constituyó todavía un lazo más con el Santo Imperio Romano.⁵⁸

A finales del siglo IX, los magiares, un pueblo de origen mongol hasta ese entonces desconocido en Europa, iniciaron sus incursiones. Su crueldad recuerda a los antiguos hunos; por ende la designación “húngaros”. Profanaban templos cristianos y asesinaban sacerdotes sin piedad, siendo necesario el ejército imperial para detener su avance (955). Curiosamente, esa derrota militar también marca el inicio de su evangelización oficial. Ya en 949, dos príncipes magiares emprendieron un viaje político a Constantinopla, y allí fueron bautizados. Uno de ellos, Gyula, llevó de regreso consigo un obispo misionero. Surgió Geisa como el nuevo jefe político, quien tomó como esposa a Sarolta, hija de Gyula y criada bajo la influencia de la religión cristiana. Algunos historiadores afirman, mientras que otros niegan, que Geisa y Sarolta fueron bautizados junto con su primer hijo Vajk, posiblemente por Adalberto, Obispo de Praga. Después de la muerte de Sarolta, Geisa se casó con la princesa cristiana Adelheid (Adeleide) de Polonia y también se esforzó por convertir a su pueblo y establecer un obispado húngaro. No tuvo éxito en cuanto al obispado, pero la iglesia progresó mucho durante su reinado. Vajk sucedió a su padre en 977; él, mejor conocido como Esteban I (o santo Esteban), organizó la monarquía húngara y oficializó el cristianismo. Vajk fue criado en la fe, no convertido por su esposa como en otros casos mencionados anteriormente, y también tomó por esposa una princesa cristiana, Gisela, hija del Duque Enrique II de Baviera.⁵⁹

Descubrimos menos evidencia de la participación femenina en la conversión de los pueblos escandinavos, donde la amenaza y la fuerza fueron usados frecuentemente por los reyes en su afán de persuadir o obligar a sus súbditos

a seguirlos a la fuente bautismal. Aun así, en Escandinavia hay señales de la participación femenina en el proceso. (Vamos a mencionar estos factores sin mucho comentario). El primero se sitúa a los inicios del proceso cuando el célebre Obispo Anscar inició su obra misionera en Dinamarca (826). El fue expulsado de Dinamarca el año siguiente, pero posteriormente obtuvo permiso del rey para construir dos iglesias, respectivamente en Slesvig y Ribe. Estas iglesias estaban compuestas por mujeres, hombres y niños raptados por los daneses en sus incursiones por la Europa cristiana. Estas personas habían preservado intacta su fe a pesar de haber sido esclavos de amos no cristianos, transmitiéndola fielmente de madre y padre a los hijos.

El segundo hecho a recordar es acerca de la infancia de Canuto. Su madre era una cristiana polonesa y, bajo su influencia, Canuto había sido bautizado en su infancia. Lo cierto es que él sucedió a su padre, Svend I como rey de Dinamarca en 1015, llegando a ser también rey de Inglaterra y a ejercer control sobre Noruega. A partir de 1020, favoreció el cristianismo en Dinamarca, oficializándolo como la religión del país. Su relación con Noruega es curiosa. Olavo II (1015-28), conocido como San Olavo, oficializó el cristianismo en su país, pero su uso excesivo de la fuerza provocó una fuerte reacción; el pueblo lo depuso y Canuto asumió el control. El naturalmente impulsó el cristianismo en Noruega, pero con medidas menos enérgicas.

El propio Haakon I (935-961), primer rey cristiano de Noruega, había sido criado en la corte de Aethelstan (Ethelstan), el primer rey de toda Inglaterra. Sabemos que allí fue bautizado y criado en la fe. Apenas sospechamos que, en medio de una corte que, aunque sin reina, contenía tantas ilustres medias hermanas cristianas del rey, la influencia cristiana femenina debe haber sido preponderante.⁶⁰

La historia de Rusia es compleja, pero en el siglo IX, pueblos de Escandinavia ocuparon Novrogod y, hasta mediados del siglo, establecieron su capital en Kiev. Es sabido que durante el reinado del Rey Igor (913-945), había por lo menos una iglesia en Kiev. La Reina Olga reinó como regente de su hijo después de la muerte de Igor, de 945 a 964. Es común afirmar que ella fue bautizada en Constantinopla por el Patriarca, en 957; algunos autores entienden que es más correcto situar el bautismo en 954.⁶¹ En todo caso, además de su fama como soberana que reinaba con justicia y equidad, es evidente también su motivación por la conversión de los rusos. En verdad, ella no fue bien sucedida en esta empresa, pues su propio hijo Sviatoslav se volvió anticristiano. El establecimiento de la fe ocurrió con el bautismo de Vladermi, nieto de Olga, c. 988, seguido por el bautismo de las clases dirigentes.⁶²

Es claro que la historia de la expansión del cristianismo no termina aquí, pero cerraremos nuestra narrativa con Olga de Rusia. Juzgamos que hemos contado lo suficiente para demostrar que existió un verdadero e importante ministerio femenino en los diversos aspectos de la conversión de Europa, siendo una pieza principal la reina o princesa cristiana.

3. Las santas

Las santas y los santos poseían un status en la Iglesia Medieval difícil de sobreestimar. En vida y después de la muerte, representaban modelos juzgados dignos para los cristianos menos heroicos. Sus hechos poblaban la hagiografía y las homilías del tiempo medieval. A los santos y a las santas, los cristianos prestaban devoción y veneración personal en la esperanza de que éstos intercedieran al Dios altísimo por los pecadores. Muchas veces las santas

medievales eran monjas o hermanas, siendo que la vida monástica era considerada el camino más directo a la santidad, y consecuentemente, al cielo. Pero algunas de las mujeres canonizadas por la iglesia fueron esposas y madres que lograron conciliar las difíciles tareas domésticas con el más alto patrón de servicio y devoción. Aun en el caso de santas que se dedicaban a la virginidad perpetua, no eran criaturas meramente pasivas, cuya vida era toda oración y contemplación. Muchas de las mujeres de esta segunda sección de nuestra historia son consideradas santas, pero seleccionamos dos como representantes de la categoría que muestran una sorprendente variedad de actividades más allá de las tradicionalmente “religiosas”.

3.1 Catarina de Sena

Consideraremos primero a Catarina de Sena (1347-1380). Catarina tuvo, desde su infancia, una fuerte tendencia religiosa. Como adolescente, adoptó un severo ascetismo en cuanto a la alimentación, el uso de la flagelación y de la camisa de pelo; pasaba las noches en oración, durmiendo poco antes de la madrugada entre tablas que representaban para ella su ataúd, un constante recuerdo de su fragilidad e impermanencia humana. Complementó esta piedad, a partir de 1366, con una dedicación a los pobres y enfermos, especialmente durante la peste de 1374. Desde muy joven, Catarina ya era conocida por sus visiones y profecías.

Catarina vivió en una época conocida hoy como el “Cautiverio Babilónico”, un período caracterizado por mucha agitación política y hasta guerra abierta en Italia. El papado se encontraba dominado por Francia a tal extremo que, de 1309 hasta 1377, los papas no residieron en Roma, sino en Aviñón, una pequeña posesión imperial en el sur de Francia.⁶³ Inevitablemente, el prestigio del papado, símbolo de la universalidad de la fe, sufrió a causa de esta situación

humillante. Si agregamos a esto la avaricia de los papas de Aviñón durante una época de especial valorización de la pobreza evangélica, se hace evidente la urgencia del regreso del papa a Roma, su sede tradicional, y de la renovación del papado.

Catarina comprendió la situación política y religiosa de su época y se dedicó a la tarea de traer de regreso al papa a Roma. Ella consiguió lo que Santa Brígida de Suecia había intentado en vano con el Papa Clemente VI (1342-52), a saber, reestablecer la sede papal en Roma. Como paso intermedio, Catarina viajó a Aviñón donde trabajó por una reconciliación entre el Papa Gregorio XI y la República Florestina, pues habían estado en guerra. A pesar del fracaso de su proyecto, continuó insistiendo en el regreso del papa a través de cartas que nos fueron preservadas. He aquí una sección de una de ellas, para que apreciemos mejor la naturaleza de su argumentación:

¡Santísimo y consagradísimo padre en Cristo, dulce Jesús! A vuestra pobre e indigna hija Catarina confortáis por Su preciosa Sangre, con el deseo de veros libre de todo miedo servil. Porque considero que un hombre temeroso corta el vigor de propósitos santos y buenos deseos. Ya oré y oraré aún, dulce y buen Jesús, para que El os libere de todo miedo servil, y que permanezca solamente el temor santo. Que haya en vosotros el ardor del amor, de tal modo que prevenga que oigáis la voz de demonios encarnados y obedezcáis los consejos perversos y llenos de amor propio que, como entiendo, quieren alarmaros, para prevenir vuestro regreso, diciendo “moriréis”. Pero yo os digo, en nombre de Cristo crucificado, dulcísimo y santísimo padre, que no temáis por cualquier motivo. Venid en confianza; confiad en Cristo, dulce Jesús; pues, haciendo vuestro deber, Dios estará por encima de vuestra merced. ¡Levantáos, Padre, como hombre! Pues os digo que no tenéis de qué temer. Debéis venir, por ende, ¡venid! Venid mansamente sin miedo...Haced como Jesús, dulcísimo Padre, siguiéndolo como Su vicario, deliberando y decidiendo por vos, y diciendo a aquellos que quieren impedirlos, “si mi vida fuese gastada mil veces, deseo cumplir la voluntad de mi Padre.” Si la vida física fuese sacrificada en esto, aún así, tomad la vida de

gracia y el medio para ganarla para siempre. Ahora confortáos y no temáis, pues no tenéis necesidad de ello: Revestíos de la armadura de la Santa Cruz, que es la seguridad y la vida de los cristianos. Dejad hablar a todo el que así lo desee, pero mantened firme vuestra santa resolución. Mi padre, Fray Raimundo, me pidió por vos, que yo orase a Dios para ver si iríais a encontrar cualquier obstáculo. Ya había orado sobre esto, antes y después de la Santa Comunión, y no vi ni muerte ni cualquier peligro....Espero que Dios no desprecie tantas oraciones, hechas con tantas lágrimas y sudor. No digo nada más. Permaneced en la santa y dulce gracia de Dios. ¡Perdonádmme, perdonádmme! Jesucristo crucificado esté con vos. Dulce Jesús, Jesús, amor.⁶⁴

Fue Catarina, por medio de sus oraciones y cartas, quien persuadió a Gregorio XI a regresar a Roma, lo que ocurrió en enero de 1377, terminando así con casi 70 años de ausencia en el llamado “cautiverio babilónico.” Ella también logró, el siguiente año, la reconciliación entre el papa y Florencia, por medio de una visita a esa ciudad.

Gregorio falleció unos quince meses después de su regreso a Roma. Participaron dieciseis cardenales en la elección del sucesor de Gregorio: cuatro italianos, un español y once franceses. El pueblo romano insistía en que el nuevo papa fuese romano, o por lo menos, italiano; los cardenales accedieron escogiendo a Bartolomeu Prignano, italiano y Arzobispo de Bari, pero también muy ligado a Aviñón. Knowled y Obolensky describen de la siguiente manera a Prignano, o sea, el Papa Urbano VI: El “...se reveló como un déspota grosero, autoritario y sádico; impuso tributos a los cardenales, exigió su reforma, los insultó y hacía torturar a los recalcitrantes.”⁶⁵ Catarina intentó una reconciliación en la situación tensa creada por el papa, pero sin éxito. Los cardenales eligieron por unanimidad un segundo papa, entre ellos Roberto de Ginebra, primo del rey de Francia, conocido por su liderazgo del ejército del Papa Gregorio XI y notorio por el masacre de Cesna en febrero de 1377. Así la Iglesia, mientras aún sufría los efectos del papado de Aviñón, tendría que enfrentar cuarenta años de cisma papal (1348-1417) que

dividiría las lealtades de los europeos en cuanto a la suprema jefatura terrestre de la Iglesia.

La lealtad de Catarina, quien había atraído a Gregorio nuevamente a Roma, nunca estuvo en duda. Ella escribió una carta bastante enérgica a tres de los cardenales italianos que participaron en las elecciones de Prignano (Urbano VI) y, después, de Roberto (Clemente VII), acusándolos de falta de patriotismo italiano. Un párrafo de la larga misiva revela las convicciones de Catarina y la severidad con la que condenó a los cardenales:

...vosotros sabéis claramente la verdad, que el Papa Urbano VI es verdaderamente el Papa, el más alto pontífice, escogido en elección recta, no influenciada por el miedo, más por inspiración que por vuestra industria humana. Y así vosotros nos lo anunciásteis, y era verdad. Ahora volvísteis la espalda, como pobres y mediocres caballeros; vuestra sombra os dio miedo. Os separásteis de la verdad y os aproximásteis a la mentira... ¿Qué os hizo actuar así? El veneno del amor propio que ya contaminó el mundo. El os hizo pilares más leves que la paja. Flores que no exhalan perfume, sino hedor que hace que todo el mundo huelga mal. No pusísteis luces en el candelabro para extender la fe, más habiendo escondido vuestra luz debajo del orgullo, haciéndoos no personas que extienden la fe, sino contaminadores de ella, cubriréis de tinieblas a vosotros mismos y a otros... El mal que tenéis en vosotros mismos, queréis contaminarnos con él, retirándonos de la obediencia a Cristo en la tierra, y conduciéndonos a la desobediencia del anticristo, un miembro del diablo como vosotros también sois, en cuanto que persistiereis en esta herejía.⁶⁶

Catarina, en los últimos días de su vida, prestó importantes servicios a Urbano, consiguiéndole apoyo, inclusive de la Reina Joana de Nápoles; pero en términos generales los once años del papado fueron marcados por guerra, con el sur de Italia apoyando al papa de Aviñón.

Catarina de Sena fue canonizada por Pío XII en 1461. Mucho más que un ejemplo extremo de piedad medieval, ella se distinguía por el servicio abnegado al oprimido y por

su sorprendente actividad política, dejando atrás una considerable herencia literaria (373 cartas a papas, cardenales y reyes; 26 oraciones; y un diálogo con Dios titulado *Libro della Divina Dottrina*).

3.2 Isabel de Hungría o Turingia

Isabel (o Elizabeth), hija del Rey André II de Hungría, luego de casarse en 1221 con Luis IV, Conde de Turingia, vivió el resto de su vida en Alemania. La corta vida de Isabel de Turingia, apenas veinticuatro años (1207-31), sirve de recuerdo de que la renuncia del matrimonio y de la maternidad no era un prerrequisito para alcanzar la santidad. Isabel y Luis gozaron de siete años de felicidad conyugal y de su unión nacieron tres hijos. Además, Isabel iniciaría sus obras de caridad, mucho antes de quedar viuda.

Isabel compartía la pasión por la pobreza de su contemporáneo, Francisco de Asís. Un día exhibió este ideal ante sus atónitas atendientes: despojándose de sus ricos trajes, se cubrió con un rudo paño, colocó un trapo sobre su cabeza y anunció que en el futuro ella sufriría verdadera necesidad y miseria por amor a Dios.⁶⁷ Todavía más significativo y sorprendente es el hecho de que aun cuando vivía la vida noble con su marido Luis, Isabel mostró una rara sensibilidad hacia la pobreza del pueblo. Reconoció claramente que la extravagancia de la nobleza era posible únicamente por la explotación y miseria de los pobres campesinos. Por eso decidió alimentarse sólo de comida que ella creía haber sido producida en forma justa. En caso de duda, simplemente no comía; aun cuando su actitud causara escándalo entre la nobleza que de ninguna manera admitía tal comportamiento.⁶⁸

Totalmente consecuente con su actitud hacia la pobreza, Isabel una vez más suscitó escándalo entre la nobleza,

inclusive entre los parientes de su marido, durante la hambruna de 1226. En esta ocasión Luis estaba en Italia en servicio del Emperador. Para calmar el hambre que asolaba la tierra, Isabel vendió sus propias joyas y la cuna de plata de su infancia. Cuando esto resultó ser insuficiente para enfrentar la miseria del pueblo, sin vacilar echó mano de los depósitos de cereal y gastó el dinero disponible en la tesorería real. Luego de la muerte de su marido el siguiente año, parientes de él, airados con ella por haber empobrecido el país, aun por tan justa causa y deseosos de reposar sus propiedades, la expulsaron de Wartburg.⁶⁹

Isabel pasó por tiempos muy difíciles, pero lo que nos interesa sobremanera es cómo ella respondió a esa nueva situación. Ella fue, justamente el jueves santo luego de la muerte de su marido, a la capilla franciscana que ayudó a construir en Eisenach pocos años antes y allí hizo un voto de renuncia de todo lo que poseía - el mundo, la riqueza, la familia, su propio “yo” o, como su confesor Conrado de Marburgo escribiría al Papa, ella renunció a todo lo que el Señor Jesús en su evangelio mandó que sus seguidores renunciaran.⁷⁰ Entregó sus hijos, todavía pequeños, a Dios y de allí en adelante los trataría, ya no como hijos carnales, sino como su “prójimo”.

Marburgo fue el lugar donde Isabel pasó los últimos años de su corta vida, a saber, de 1228 a 1231. Fue allí donde ella construyó un pequeño hospital, en el que atendió enfermos en su calidad de hermana en el mundo, pues no vivió en un claustro. Ella misma declaró, “La vida de las hermanas del mundo es muy despreciada, pero si existiese otra posición todavía más despreciada, yo la habría escogido.”⁷¹ Edith Deen resume esta fase así:

Nuevamente ella servía a los leprosos, los viejos, los pobres. Dos veces por día ella asistía en el hospital a los que sufrían de las peores dolencias. Diariamente ella tejía lana para ganarse la

vida. Aunque muchas veces enferma, ella continuó con su trabajo y, mientras sus manos estaban ocupadas, ella conversaba con Dios.⁷²

Ella murió, rodeada por sus compañeras del hospital, de monjas y monjes, el día 16 de noviembre de 1231. Su cuerpo fue velado en la antigua capilla por centenares de aquellos que ella había servido tan generosamente en vida. Sólo cuatro años después de su muerte el Papa Gregorio IX la canonizó. Posteriormente, se construyó, por medio de las contribuciones del pueblo, como memorial, la Elizabethkirch (la Iglesia de Santa Isabel), llamada “el mayor monumento a una mujer cristiana en el mundo”; su cuerpo fue transportado para allí, perfectamente conservado después de cinco años, a pesar de no haber sido embalsamado.⁷³

Hemos visto apenas dos de las mujeres cuya vida de servicio, devoción y evidente comunión con Dios llevó a la iglesia a darles el título de “santa”. En realidad, muchas de las mujeres en casi todas las categorías de ministerio que hemos tratado en esta sección del libro también fueron agraciadas con la misma honra. Por el premio que el cristianismo medieval colocaba sobre la santidad, consideramos bueno también destacar la vocación a la santidad como un ministerio femenino.

4. La proclamación de la palabra

La misa en la Edad Media pasó a ser un espectáculo sagrado, al cual laicos y laicas generalmente asistían pasivamente. Para apreciar el cambio que había ocurrido desde los tiempos primitivos, veamos dos pequeñas citas de literatura patristica. La primera, de Clemente Romano (c. 93), toma como modelo el culto del Antiguo Testamento. En esta primera mención del laico en la literatura cristiana, aparece, no como espectador, sino como alguien con

funciones propias y esenciales en la acción común de adoración comunitaria.

Al sumo sacerdote fueron conferidos su propios oficios, a los sacerdotes fue reservado su lugar especial y a los levitas les fueron impuestos sus propios deberes en cuanto el laico está sujeto a las ordenanzas del laico.⁷⁴

La otra cita es del *Primer Diálogo* de Justino Mártir, escrito más o menos en 150. El afirma que los domingos

...se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o el campo y allí se leen...las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas. Cuando el lector termina, el presidente hace una exhortación y una invitación a que imitemos tales bellos ejemplos. Nos ponemos de pie todos, entonces, y elevamos, en conjunto, nuestras plegarias luego de las cuales se ofrece pan, vino y agua,...el presidente...eleva sus plegarias y acciones de gracias, respondiendo todo el pueblo "amén". Después viene la distribución y participación, que se hace a cada uno de los elementos consagrados por la acción de gracias, y su envío a los ausentes por medio de los diáconos. Los que tienen y quieren, dan lo que les pertenece, conforme su libre determinación, para el auxilio de los huérfanos y viudas, los enfermos y otros necesitados, los encarcelados, los forasteros, etc. (énfasis del autor).⁷⁵

Por contraste, el culto público en la Edad Media parecía estar designado a garantizar el pleno cumplimiento de la prohibición paulina. El púlpito, en las iglesias seculares, pertenecía a los hombres. No había ninguna prohibición que impidiera que la mujer juntara su voz a la de los hombres en el canto congregacional.⁷⁶ Pero el mismo canto congregacional poco a poco se fue sustituyendo por el coro; en el coro el contralto y el soprano eran cantados, no por mujeres, sino por niños. El resultado de todo esto fue relegar a la mujer al estatus de espectadora, casi exclusivamente. Su diligencia, en realidad, era testimonio mudo de su fe. Frente a este cuadro, parece que tendríamos que

concluir que la proclamación de la Palabra por parte de la mujer era imposible.

Mujeres devotas a Cristo y deseosas de servirlo y servir a su prójimo abrían nuevos espacios. A fin de cuentas, la proclamación no se limita al culto público o a la iglesia. Al contrario, como vamos a tratar de demostrar, la proclamación asume muchas formas. Si en la iglesia secular, la mujer realmente no tenía oportunidad, la mujer medieval, al igual que su hermana de la Iglesia Antigua, tenía la opción de la vida monástica. Habían también expresiones populares de la fe, poco controladas por la jerarquía de aquel tiempo (y por eso mismo inspiradoras de su desconfianza), que permitían a la cristiana mayor libertad para el desempeño del ministerio de la proclamación.

4.1 La mujer y la dramatización

Un nuevo espacio para la proclamación de la Palabra fue el desarrollo de diversas formas de dramatización cristiana. El uso del drama por la Iglesia nos parece, desde nuestra óptica del siglo XX, un medio de comunicación del evangelio perfectamente en armonía con la naturaleza del cristianismo. La palabra griega significa “algo hecho”, acción. Así es el Dios de los cristianos; más que el Dios que habla, es el Dios que actúa, crea, libera, realiza. Jesús también salva por lo que hizo y especialmente por lo que sufrió. Como vimos anteriormente, Clemente Romano concibió al propio culto cristiano en términos de acción. Pero la obscenidad de las comedias romanas había suscitado una reacción violenta entre los cristianos, como vemos en *De Spectaculis* (c. 200) de Tertuliano, y la Iglesia difícilmente creía en la posibilidad de la redención y utilización del drama para proclamar su fe. Esta actitud negativa terminó por eliminar, pura y sencillamente, el drama en el occidente cristiano hasta c. 550, y más o menos un siglo más tarde en el oriente.

Una de las personas pioneras en la “redención” del drama como medio de comunicación del evangelio fue una monja de la abadía benedictina de Andersheim en Sajonia, de nombre Hrosvita o Rosvita (c. 930-1002). Rosvita era una mujer muy instruida en la Biblia y en los escritos de los padres de la Iglesia, como también en la literatura latina clásica. Fue influenciada en sus piezas teatrales especialmente por el estilo de Terencio. La variedad de sus escritos es impresionante. Escribió ocho poesías narrativas que versaban sobre el nacimiento de la Virgen María, la Ascensión, y vidas legendarias de diversos santos.⁷⁷ Escribió también dos crónicas históricas, una sobre los Emperadores Otto I y II y una sobre la historia del convento de Gandersheim.

De interés especial para nosotros son seis piezas teatrales, basadas en las de Terencio, las cuales ella conocía muy bien. Las obras de Rosvita, en manuscrito, fueron descubiertas mucho después por el conocido humanista Conrado Celtes. El quedó tan impresionado con la calidad literaria de los escritos de Rosvita que la llamó “la Safo Alemana”.⁷⁸ Celtes publicó toda la colección, con la excepción de *La crónica de Gandersheim*, 1501.

Por lo tanto, de modo general, Rosvita escribió sobre temas religiosos, pero sus piezas teatrales no tenían que ver directamente con el ritual de la Iglesia, tenían su propia integridad.⁷⁹ En sus trabajos Rosvita mostró la constancia y la valentía de las mujeres cristianas, especialmente frente a las tentaciones de seducción de los hombres. Por ejemplo, en “Dulcitius”, un prefecto del Emperador Diocleciano intenta obligar a tres vírgenes cristianas a casarse con nobles de su corte. Cuando éstas se rehusan a romper sus votos de castidad, el Prefecto Dulcitius ordena retener a las muchachas en una enorme cocina, donde él mismo intenta seducirlas de noche. Dios frustra su plan, confundiendo la visión de Dulcitius. Así, él abraza sartenes como si fueran las sagradas vírgenes Agape, Quionia e Irene (virtudes cristianas

personificadas Amor, Candura y Paz). Estas escapan de su villanía. En el desenlace no sólo preservan su virginidad sino también ganan la corona del martirio.

La obra de Rosvita se sumó a la de Tutiliano, monje de San Galo de Suecia, hombre de extraordinarios dones artísticos. Tutiliano se atrevió a introducir una innovación en el oficio de los sepulcros, a saber, hizo que un ángel hablara desde el interior del sepulcro, en latín bien audible, a las tres Marías que estaban afuera. Esta innovación del monje fue la pequeña simiente de la que nacieron los “misterios”, al principio piezas dramáticas sobre la resurrección pero, con el pasar del tiempo, sobre todos los grandes temas bíblicos que componen el “drama de la salvación”. La Iglesia estaba redescubriendo la eficacia de las artes dramáticas en la proclamación de las buenas nuevas. Es evidente que la obra de Rosvita fue un puente para los desarrollos posteriores, los “milagros”, basados en la vida de santas y santos, y las “moralidades”, esencialmente la dramatización de la lucha entre el bien y el mal, presentada en forma alegórica. Rosvita representa, por lo tanto, el inicio de una nueva modalidad de proclamación de la palabra. Sus piezas fueron muy utilizadas en esta nueva forma de compartir el mensaje cristiano, pero, irónicamente, todo indica que las mujeres no podían representar personajes en sus piezas. Aun en el caso de las tres Marías en la innovación de Tutiliano, las mujeres eran representadas por hombres usando ropa femenina. Por lo menos, así dicen las historias.

¿Cómo valorar la obra de Rosvita, la monja que tan notable producción literaria creó con el apoyo de su abadesa Gerberga y de hombres eruditos? Nos parece que en el sentido del ministerio de proclamación, tenemos sus dramatizaciones en primer lugar, sin olvidar las instructivas poesías narrativas. En un primer nivel, cada vez que se escenificaba una de sus piezas o se leía una de sus poesías, el mensaje cristiano estaba siendo efectivamente proclamado.

Pero hay un segundo nivel de mayor alcance. Rosvita puso en movimiento una nueva modalidad de proclamación, el drama popular, en la forma de “misterios”, “milagros” y “moralidades”. Estas nuevas formas dramáticas, dentro y fuera de la iglesia (pues al poco tiempo se fueron secularizando, o sea, haciéndose todavía más auténticamente del pueblo), llegaron a ser uno de los más importantes vehículos de enseñanza entre el pueblo que por lo general no sabía leer. Hay aún un tercer nivel, un poco más especulativo. ¿Será que Rosvita es la única mujer que se dedicó con éxito a escribir piezas, poesías didácticas, crónicas? Debemos recordar que Conrado Celtes descubrió los manuscritos de Rosvita, no en Gandersheim, sino en el Monasterio de San Emeron, en Regensburg. Con la publicación de las obras en 1501, Rosvita fue “descubierta” y conocida, lo que podemos considerar un feliz accidente. Todavía más, aun si admitimos que Rosvita fuese en realidad la única, ¿no es eminentemente probable que aquello que era prohibido en la iglesia secular y aparentemente en las dramatizaciones de naturaleza popular - el privilegio de la mujer de representar los papeles femeninos - fuese practicado libremente en el monasterio? ¿Cómo sería posible que hombres representaran los papeles femeninos en un convento de sólo mujeres? ¿No se daría lo contrario, es decir, que mujeres representaran también los papeles masculinos?

4.2 La proclamación por la palabra escrita

Una segunda categoría del ministerio de proclamación es la palabra escrita. Como el lector y la lectora habrán percibido, una de las más importantes escritoras cristianas de la Edad Media fue Rosvita, pero preferimos tratarla dentro de otra categoría, la de dramaturga. En comparación con los hombres, las mujeres cristianas de la Edad Media escribieron poco que haya llegado hasta nosotros o que nos llame la atención por su cualidad. Pero aún así, el acervo

creado por cristianas, mayormente de los monasterios donde su relativa independencia se lo permitía, no es despreciable.

Curiosamente, surgieron en el siglo XIII, en Turingia, dos mujeres del mismo nombre, Methchild, o Matilde. La primera, Matilde de Magdeburgo, pasó una larga vida como discípula dedicada a Cristo, incluyendo más o menos treinta años entre las beguinas (véase la descripción anterior del ministerio de las beguinas). Ella fue influenciada por el apocalipticismo de Joaquín de Flores (m. 1202) con su mensaje del evangelio eterno. Matilde escribió, en alemán, *La luz de la divinidad*, en la cual describe el amor de Dios, las bendiciones que los santos glorificados reciben, el sufrimiento del purgatorio y del infierno. Ella denunció con mucha energía la corrupción del clero y de la iglesia de su tiempo, el siglo XIII. Su visión incluyó la profecía de la victoria final del bien a través de una nueva orden de predicadores que surgiría en medio del pueblo alemán. *La luz de la divinidad* iría a influenciar considerablemente el pensamiento de Dante Alighieri y otros.

La otra Matilde, la de Hackeborn, quien murió en 1310, también fue profetisa con ardiente deseo de reformar la Iglesia. Conforme Kurtz, fuente de nuestra información sobre ambas Matildes, "...en su libro *Speculum spiritualis gratiae*, ella publicó sus visiones de naturaleza reformadora y escatológico-profética, más subjetivas y personales que las de la primera Matilde."⁸⁰

4.3 La predicación femenina dentro de los monasterios

Las mujeres tuvieron su parte en el notable brote de energía espiritual en Francia a partir del final del siglo XI.⁸¹ La predicación de Roberto de Arbissel dio como resultado la

formación del monasterio mixto de Fontevrault para abrigar la gran afluencia de las vocaciones femeninas (c. 1100). A la vez Norberto atrajo gran número de mujeres a su convento alrededor de los años 1118-1125. Para 1150 se calcula que eran más de 1000 las monjas en los conventos relacionados a la Premontre. El grupo más célebre, los cistercienses, creyendo, con Bernardo de Claraval, que era más difícil “estar siempre con una mujer y no tener relaciones con ella” que resucitar a los muertos, resistió las presiones de admitir mujeres.⁸² Pero éstas, por su cuenta, ¡establecieron conventos al estilo de Cister! Oficialmente desconocidos, estos conventos no fueron controlados por Cister, y por ende gozaron gran libertad de acción. Fue así que las abadesas, especialmente en España, no dudaron en oír las confesiones de sus monjas, concederles la bendición y predicar de los púlpitos de los conventos. Tales prácticas fueron descubiertas y rechazadas por el joven Papa Inocencio III cuando asumió el papado en 1198.⁸³ Su existencia no fue oficialmente reconocida. Es natural que los conventos femeninos no participaran del cabildo general de la orden. En su propio cabildo, las mujeres conducían los negocios de sus casas. Así, aunque los púlpitos de las iglesias parroquiales estaban vedados a las mujeres, los de los conventos más adelantados les ofrecían oportunidades para la proclamación.

4.4 La predicación femenina entre los valdenses

Alrededor de 1174, Pedro Valdo, negociante de León, Francia, se convirtió a la pobreza evangélica.⁸⁴ Su predicación atrajo un gran número de mujeres y hombres al mismo ideal. En 1179, en ocasión del tercer Concilio Lateranense, una delegación de sus seguidores fue a Roma, pero sin lograr el ansiado reconocimiento de la Iglesia. Entretanto, en León, “los hombres y las mujeres de Valdo

continuaron su predicación evangélica”. Valdo encontró la fundamentación bíblica para la predicación de las mujeres en Tito 2.3-4 y en el ejemplo de la profetisa Ana (Lc 2.36-38).⁸⁵

Este movimiento popular, esencialmente laico, luego fue encarado por el catolicismo medieval como una seria amenaza, pues estos “pobres de León”, todos laicos, no sólo predicaban sino también administraban los sacramentos sin imposición de manos del obispo, así socabando los fundamentos de la autoridad jerárquica de la Iglesia Católica. Esta aplicación radical del “sacerdocio universal” siglos antes de Lutero, ciertamente explica en gran parte porqué la Iglesia oficial fue tan implacable en las persecuciones. En efecto, el más antiguo documento descriptivo de los valdenses es del católico Bernardo Gui, inquisidor del sur de Francia e intransigente enemigo de los “pobres”:

...usurparon el oficio de los apóstoles, y presumieron predicar el evangelio en las calles y en lugares públicos. Y el tal Valdes o Valdo convirtió a muchos, tanto hombres como mujeres, a semejante presunción, y los envió a predicar como sus discípulos. Por ser ignorantes y analfabetos, éstos, tanto hombres como mujeres, corrían por las ciudades y entraban en las casas. Predicando en lugares públicos y también en las iglesias, ellos, especialmente los hombres, esparcían muchos errores a su alrededor... También dicen que la consagración del cuerpo y la sangre de Cristo en la Santa Cena puede ser hecha por cualquier persona justa... Ellos hasta creen la misma cosa con respecto a las mujeres, si son de su secta, y así dicen que toda persona santa es sacerdote.⁸⁶

El documento de Gui no deja duda en cuanto a la participación femenina en los ministerios de la palabra y los sacramentos entre los valdenses, lo que es confirmado por los historiadores del movimiento.

Las persecuciones luego hicieron imposible la predicación abierta en las calles; el movimiento pasó a ser esencialmente

una religión del hogar y de transmisión de uno en uno. Un inquisidor relató: “Cada uno de ellos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, de día y de noche, no cesa de aprender y enseñar a los otros”. La misma persona registró la declaración de un valdense: “En nuestro hogar, las mujeres enseñan tan bien como los hombres...”⁸⁷ Las mujeres, por lo tanto, participaban plenamente en estas reuniones domésticas para la transmisión de la fe y la edificación. Pero ni aun en los hogares eran inmunes a la implacable persecución, frecuentemente liderada por los inquisidores. Es elocuente el testimonio del alcance de la influencia de las mujeres que frecuentemente estaban entre las primeras víctimas de las hogueras. Por ejemplo, en los valles de los Alpes, la primera persona “en ser quemada en la hoguera fue una mujer, condenada en Pinerolo (Italia) en 1312”.⁸⁸ Un caso similar ocurrió en Austria, al final del mismo siglo, en la persecución liderada por el inquisidor Pedro Zwicker. En esta ocasión, una de las primeras víctimas fue una vieja mujer, quien fue “pisoteada por los fieles católicos, mientras permanecía amarrada en las gradas de la iglesia, y que luego fue quemada en la hoguera.”⁸⁹ Así, en todos los niveles, las mujeres valdenses ejercieron los ministerios al lado de los hombres. Es probable que no existiera una iglesia tan abierta a los ministerios femeninos desde la era apostólica.

La extrañeza católica de la predicación femenina dio origen, en el siglo XVI, a un vitral en la abadía de San Marcial en Limoges, Francia, el cual representa una mujer predicando a un pequeño auditorio. La leyenda dice, “El pueblo recibe mala instrucción cuando las mujeres predicán.”⁹⁰

En algunas de las categorías tratadas, donde la mujer efectivamente descubrió su espacio para proclamar la palabra, podríamos agregar otros ejemplos además de los citados anteriormente. En la categoría de las artes dramáticas, desafortunadamente podemos apuntar apenas un nombre

con seguridad, aunque sospechemos que otros nombres aún surgirán. Podríamos agregar otras categorías, particularmente de grupos heréticos un poco extremados, donde las mujeres, al lado de los hombres, predicaban por medio del estilo de vida que adoptaron. Los más conocidos de estos grupos son los hermanos y las hermanas del Espíritu Libre, también conocidos por otros nombres, según su ubicación geográfica. La información sobre ellos es bastante escasa y poco confiable en sus detalles. Por eso, resolví no considerar tales hermanas como una categoría aparte.⁹¹ Mas, la inevitable conclusión de la investigación es que, dentro de la estructura de la Iglesia oficial, el principal espacio para la proclamación femenina se encontraba en el convento. Es igualmente claro que a no ser que esa estructura se tornara más maleable, el único espacio donde la mujer tendría plena libertad para ejercer su ministerio de proclamación sería fuera de ella, en grupos separados y generalmente tildados como “heréticos”. Como veremos en la parte final de este libro, sería en el protestantismo y sólo en los siglos XIX y XX que la mujer obtendría el espacio esencial para el ejercicio más pleno de su ministerio divino de proclamación.

5. La papisa Juana

Una curiosa leyenda, ampliamente aceptada a partir del siglo XIII, dice que una mujer disfrazada de hombre sucedió al Papa León IV (847-855) y ejerció el papado por más de dos años. Juana había nacido en Ingelheim, hija de un misionero inglés que había ido a evangelizar a los sajones en el continente europeo. Juana, notable desde joven por su brillo intelectual, se había apasionado por un joven monje del famoso monasterio de Fulda. Para estar con su amado, Juana había ingresado al mismo monasterio, disfrazada de hombre y fue aceptada como novicio. Más tarde los dos huyeron para Atenas, Grecia, donde Juana estudiaría y donde moriría su amante.

Después de completar sus estudios en el antiguo centro cultural griego, Juana regresó al occidente, dirigiéndose hacia Roma. En Roma, bajo el disfraz de Johanes Anglicus, abrió un colegio, donde ganó fama por su saber y por la piedad que demostraba. Tan grande era el reconocimiento de Johanes Anglicus que, cuando murió el Papa León IV en 855, la elección del nuevo sucesor de San Pedro cayó sobre su persona.

Durante dos años, Juan (o Juana) gozó de un excelente papado. Pero la pontífice llevó a su cama un siervo y quedó embarazada de él. Pasando los meses de la gestación, se aproximaba la fiesta de Pentecostés cuyos festejos incluían una procesión del clero de Roma por las calles. A pesar de su embarazo avanzado, Juana resolvió participar en la procesión. Cuando la pontífice pasaba entre la Iglesia de San Clemente y el anfiteatro dio a luz en plena calle. El hijo murió y en algunas versiones de la leyenda, Juana también murió; en otras fue encarcelada. En todo caso, el parto fue el fin de su papado. ¿Por qué ventilar esta vieja y desacreditada leyenda? Que quede claro que la intención no es desprestigiar a la Iglesia Católica. La convicción del autor es que se trata de una leyenda, sin ninguna base histórica. Primero, la leyenda no es mencionada en ninguna crónica o historia del siglo IX, cuando hubiera ocurrido el papado de Juana. En realidad, la primera mención literaria de la leyenda se hace en los escritos de Esteban de Borbón, alrededor de 1230, ¡casi cuatrocientos años después! Es decir, no existe testimonio contemporáneo del supuesto evento; pero hay buenos testimonios en su contra. El historiador protestante Johann Heinrich Kurtz presenta como su primer argumento la siguiente información, para mí bastante convincente: “La inmediata sucesión de Benito III a León IV tiene testimonio contemporáneo en los *Annales Bertiniani*, de 855 d.C., también de una carta de Hincmar (de Reims) a Nicolau I (858-867), como también la inscripción ‘Benedito’ y ‘Lotario’ en un denario romano del

mismo año.”⁹² Hay otros argumentos, pero el silencio de los historiadores contemporáneos, tanto católicos como protestantes, deja claro que la naturaleza legendaria de la “Papisa Juana” es un punto aceptado.

La preocupación del presente estudio es simplemente ésta: que habían muchas personas en la iglesia, durante largo tiempo, que realmente creyeron que había existido una mujer en el siglo IX con la piedad, el saber y otras virtudes que la calificaron para ser elegida como papa y aún para desempeñar con toda honra el puesto más importante del cristianismo occidental.⁹³

¿Por qué la leyenda fue aceptada en la Edad Media si hoy es tan desacreditada? Me parece que hay tres factores principales que ayudan a explicar el fenómeno. Primero, la mente de la Iglesia Medieval era básicamente acrítica. No sólo milagros, sino muchas maravillas más eran fácilmente aceptadas por el pueblo. La falta de crítica literaria está bien ilustrada en el caso de los *Decretais Pseudo-Isidorianos*. Curiosamente, ese documento, contando la “Donación de Constantino” y que contribuyó grandemente a la autoridad papal en la Edad Media, surgió en Francia entre 847 y 852, poquísimos años antes del supuesto papado de Juana (c.855-857). Segundo, la leyenda de Juana era una buena historia, y buenas historias tienen longevidad natural. Pero, finalmente, la leyenda, a pesar de los detalles de difícil aceptación (como la posibilidad de que una muchacha disfrazada pudiera engañar a tanta gente por tanto tiempo, aunque sea un recurso literario común),⁹⁴ tenía muchos elementos de verosimilitud histórica, como mencionaremos a continuación:

1) El padre de Juana era un misionero inglés, quien participaba en el proceso de la conversión de los sajones en Alemania. Los sajones, los últimos bárbaros a ser convertidos

en Alemania, fueron convertidos por la fuerza de las armas de Carlo Magno y por la obra misionera, principalmente a través de los monasterios. Destaca la participación de ingleses en este proceso.

2) Es curioso, aunque no imposible, ser monje y ser padre. Uno de los más famosos misioneros ingleses que trabajó en el continente fue Willibrord, cuyo padre se hizo monje después de casarse y tener hijos. El padre de Willibrord fundó un monasterio que luego fue dirigido por el famoso Alcuino.

3) Juana habría entrado, como monje, en el célebre monasterio benedictino de Fulda. Fulda fue fundado conjuntamente por Bonifacio y su discípulo Sturm. Bonifacio había sido monje en Nutcell, cerca de Winchester, Inglaterra. Fulda se convirtió en el centro de cultura y de entrenamiento del clero para el centro-oeste de Alemania. Fue conocido por su participación en los debates teológicos a mediados del siglo IX. Su abad era el conocido Obispo Rábano Mauro, discípulo directo de Alcuino, y llamado “maestro de Alemania”. ¿Qué lugar podría ser más natural para que una inteligente inglesa, ávida por el conocimiento teológico, fuera a estudiar?

4) Equipada con la mejor preparación teológica latina disponible en Alemania, Juana habría buscado beber también de las fuentes griegas. Si Atenas en el siglo IX no suena como el mejor centro para tales estudios, conviene recordar su antigua fama como la ciudad de los grandes filósofos, y recordar que el occidente medieval conocía poco del oriente. Pocos teólogos latinos conocían el idioma y el pensamiento griego; entre las honrosas excepciones, contemporáneas de Juana, están Juan Scotus Erigena (?-877?), traductor del griego al latín del Pseudo-Dionisio, y Pascacio Radberto, del monasterio de Corbie, en Francia.

5) No es de admirar que cuando Juana llega a Roma disfrazada de Johanes Anglicus, consigue establecer una escuela que luego adquirió fama, llevando a su elección como papa.

No tengo intención de reabrir la cuestión de la Papisa Juana en lo que atañe a su historicidad. Estoy señalando razones que podrían haber hecho que la historia se considerara verosímil en aquella época.

La falta de evidencia documentada con respecto a la “Papisa” antes de c. 1230, así como otro hecho famoso lleva a creer que la leyenda habría surgido más o menos en esta misma época (c. 1230). En las listas oficiales de los papas, con las fechas de sus reinados, existe una curiosa laguna. Aparece Juan XIX, quien ocupó la cátedra de Pedro de 1024 a 1032 o 1033. El próximo Juan es Juan XXI, quien reinó del 8 de setiembre al 20 de mayo de 1277, un papado corto y relativamente pálido. Pero para nosotros su número es muy significativo. El debería ser Juan XX, pero insistió en el número XXI, pues creía firmemente en el papado de Juana, la cual debería de haber sido Juan VIII, lo que convertiría a Juan VIII (867-72) en Juan IX y así sucesivamente. La respuesta más satisfactoria que tengo a la pregunta ¿por qué el propio Juan VIII (867-72) no asumió el número Juan IX? - es que él nada sabía de la Papisa Juana. Pero el Juan que fue papa en 1276-77, y que debería haber sido Juan XX, cuestionó la secuencia, porque algún tiempo antes había empezado a circular y ser aceptada la historia de la Papisa Juana. ¡El mismo papa aceptó la historia con tanta convicción que cambió su número!

He intentado mostrar porqué la Iglesia Medieval habría aceptado la invención de la Papisa Juana como un hecho. Resta preguntar ¿qué fue lo que el autor o la autora quiso afirmar o inferir sobre los ministerios femeninos con esta leyenda, fascinante y a la vez históricamente falsa?

Creo que el lector o la lectora ya habrá percibido gran parte, sino todo, lo que la leyenda parece insinuar.

1) Insinúa que la mujer cristiana tiene la capacidad intelectual adecuada para el estudio teológico más avanzado, sea en el occidente con su énfasis más práctico y jurídico, o en el oriente, con su índole especulativo.

2) Insinúa que la mujer, debidamente preparada, es perfectamente capaz de enseñar en un alto nivel.

3) Insinúa que, en lo que atañe a los ministerios y aún a las órdenes, la iglesia haría bien en no excluir a la mujer de cualquiera de ellos, pues ella (en el caso de Juana) es capaz de distinguirse hasta como jefe de la cristiandad occidental.

Nosotros, a finales del siglo XX, podemos ver la leyenda de la Papisa Juana como una profecía de los ministerios femeninos que florecerían nuevamente en la era moderna, mayormente en el siglo XX. Aun cuando la jerarquía de la Iglesia Católica Romana se resistiría firmemente a la idea de una mujer presidiendo en el altar, también dentro de la misma iglesia existe mucha expectativa hacia mayor apertura y fuertes presiones sobre el papa Juan Pablo II, una figura muy conservadora a pesar de su gran carisma personal. En la gran mayoría de las confesiones protestantes del mundo no existen límites formales en cuanto a los ministerios femeninos; la mujer tiene acceso a las órdenes y hasta al episcopado y otras formas de liderazgo máximo de esas iglesias, como mostraremos en la tercera sección de esta historia.

Notas:

1 Altaner y Stuibler, *Patrología*, (S.Paulo: Paulinas, 1972), p. 382.

2 *Ibid*, p. 422.

3 Cp. Introducción del presente libro, nota 2.

4 *Op.cit.* , p. 465.

5 La traducción de Cipriano, *La Unidad de la Iglesia Cristiana* (Petrópolis: Vozes, 1973), contiene en la p. 34 un significativo error. El latín “*primatus Petro datur*” (4.9) significa “un primado es conferido a Pedro”, no como aparece en la versión en portugués, “el primado es conferido a Pedro”. Cp. comentario por Michael A. Fahey en *Journal of Ecumenical Studies*, Summer, 1975, p. 411.

6 Roland H. Bainton, *The Medieval Church*, (Princeton, N.J.: D. Van Nostrand, 1962), p. 169.

7 K.S. Latourette, *A History of the Expansion of Christianity*, (N.Y.: Harper, 1938), II, p. 93.

8 *History of Christianity in the Middle Ages*, (N.Y.: Cokesbury, 1960), p. 25.

9 Gregorio Magno, *Diálogo*, ii, 33.

10 *Op. cit.*, p. 170.

11 *Historia eclesiástica de la nación inglesa*, IV, xxiii.

12 El propio Beda fue bautizado por uno de estos obispos, a saber, Juan de Beverly.

13 La palabra “clan”, tan usado en la antropología y sociología hoy, viene de una palabra gaelica (celta) *clann*; la estructura social celta, la del clan, naturalmente ejerció una influencia decisiva sobre la organización eclesiástica en Irlanda y Gran Bretaña durante el siglo VII.

14 *Op.cit.*, IV, xix.

15 *The Catholic Encyclopedia*, 1910, X, 452 (Doravante, CE).

16 W. Walker, *op.cit.*, p. 182, dice: “Aunque los misioneros “Viejo Británico” (o celta) consideraban el Papa como el más alto dignatario de la cristiandad, los representantes Romanos le atribuían una autoridad judicial que los “Viejos Británicos” no admitían plenamente.” Poco a poco esta situación cambió; entre 630 y 718 toda la Gran Bretaña, con la excepción el país de Gales, aceptó la autoridad jurídica de Roma.

17 D. Knowles y D. Obolensky, *La edad media* (Vol. II de la Nueva historia de la iglesia), (Petrópolis: Vozes, 1974), p. 475.

18 *Ibid.*, p. 203.

19 Power, *op.cit.*, 78,79,191 (n.2).

20 El nombre completo de la Iglesia, Santa María de Porciuncula (o sea, de la Porcioncita) combinaba bien con el nombre que el grupo adoptaría, los Hermanos Menores.

21 *Encyclopedia Britanica*, 1950, V, 754 (Doravante, EB).

22 Edith Deen, *Great Women of the Christian Faith*, (NY: Harper, 1959), p. 40.

23 *Ibid.*

24 Canon, *op.cit.*, p. 183. Hirschau fue reactivado por doce monjes benedictinos de Einsiedeln, Suiza; el Abad Guillermo creó o reformó

- muchos monasterios por todo el Sur de Alemania, en el espíritu de Cluny.
- 25 D. Grandi y A. Galli, *Historia de la iglesia*, (Lisboa: Paulinas, 1964), p. 148.
- 26 Los Begardos constituían un movimiento masculino paralelo, pero no están dentro del esquema de la presente Historia.
- 27 Hay vestigios aún hoy de ese venerable movimiento. Por ejemplo, existe en Bruselas, Bélgica, un antiguo Beguinage, hoy un albergue para mujeres ancianas. Cp. J. González, *La era de las tinieblas* (Vo. 5 de Una historia ilustrada del cristianismo), (Sao Paulo: Vida Nove, 1981), p. 115.
- 28 Knowles y Obolensky, *op. cit.*, p. 381. Leemos de Beguinas que, al final del siglo XI servían a mujeres adineradas como sus compañeras y consejeras, casi como capellanas; cp. Eileen Power, *Medieval People*, (Garden City, NY, 1954), p. 115.
- 29 *Op.cit.* p. 237.
- 30 *Op.Cit.*, p. 381-382.
- 31 *La era de los frustrados*, p. 115.
- 32 *Ibid.*, p. 114.
- 33 Power, *op.cit.*, p. 194, relata que “en un convento de la diócesis de Lincoln (Inglaterra), cuando el obispo despositó la bula (Periculoso) en la casa y ordenó a las monjas que obedecieran, ellas corrieron atrás de él hasta el portón y, cuando se iba de camino, arremesaron la bula en un intento de darle al obispo por la cabeza, gritando que no la iban a obedecer”. La bula prohibía el hospedaje de extraños en el monasterio y la salida de las monjas del convento, a no ser en casos excepcionales.
- 34 Para mayor información acerca del tema de este párrafo, veáse mi *Metodismo Brasileiro e Wesleyano* (S.B. do Campo: Imprenta Metodista, 1981), pp. 201-229.
- 35 El Arianismo era la negación de la plena divinidad de Cristo, herejía condenada por el Concilio de Nicea, 325. Los godos y otras tribus germánicas fueron evangelizados por el misionero ariano Ulfilas a partir de 376, antes de que invadieran el territorio romano.
- 36 II, 21. Citado en Colman J. Barry, *Readings in Church History*, (Westminster, Maryland: Newman Press, 1965), I, 214. La cita es de c. 577.
- 37 Citado de J.L. von Mosheim, *Institutes of Ecclesiastical History*, (N.Y.: Robert Carter, 1861), I, 315, n.10.
- 38 Beda, *op.cit.*, I,xxv.
- 39 La antigua iglesia en la que Berta adoraba y donde Etelberto fue bautizado, fue preservada como parte de la actual Iglesia de San Martino, la iglesia más antigua de Inglaterra.
- 40 *Ep. de Gregorio Magno*, Liv. XI, ep. xxxix, en NPNF2, XIII, 57.
- 41 Beda, II, ix.
- 42 *Ibid.*
- 43 *Ibid.*, II,xi.
- 44 *Ibid.*, II,xiii,xiv.
- 45 H.O. Wakeman, *An Introduction to the History of the Church of England*, (London: Rivington's, 1945), p. 28.
- 46 *Ep. de Gregorio Magno*, Liv. IX, ep. xiii, en NPNF2, XIII, 13.

- 47 *Ep. de Gregorio Magno*, Liv. XIV, ep. xii, en NPNF2, XIII, 107.
- 48 Latourette, II, 93.
- 49 *Ibid.*, p. 94-95.
- 50 *Ibid.*, p. 95.51 Knoles y Obolensky, *op.cit.*, p. 339, describen el bautismo de Boris y Vladimir como hechos “al mismo tiempo religiosos y políticos”.
- 52 Cannon, *op.cit.*, p. 120.
- 53 Carta Ratislau a Miguel III, citado en González, *op.cit.*, III, 163.
- 54 *Op.cit.*, p. 119. Algunos historiadores disputan este dato. Moravia, como entidad política, desapareció en 909, destruida por los Húngaros.
- 55 El nombre Vaclav, en forma muy diferente, pasó al folclore cristiano, como por ejemplo en el cántico navideño inglés, Good King Wenceslas.
- 56 Latourette, *Op.cit.*, II, p. 166-169.
- 57 *Op.cit.*, p. 215.
- 58 Latourette, *Op.cit.*, II, p. 176.
- 59 *Ibid.*, p. 171-173.
- 60 Por ejemplo Eadgyth (Edith), quien se casó con el Emperador Otto I y Eadgifu (Odgiva) quien se casó con el Rey Carlos II de Francia.
- 61 S. Neil, *A History of Christian Missions*, (Vol. VI de *The Pelican History of the Church*) Hammondsworth: Pelican, 1964), p. 88, concuerda con Walker y Knowles y Obolensky, dando la fecha como 957; Latourette y Cannon, entre otros, indican 954.
- 62 Hay una versión bien interesante del bautismo de Olga que merece ser mencionado aquí. Ella fue a Constantinopla, donde el Emperador Constantino VII la encontró sumamente linda y sabia. Olga percibió que el emperador la quería como esposa, pero lo engañó. Ella recibió el bautismo en manos del propio emperador, asistido por el patriarca, acto que la hacía hija espiritual del emperador e imposibilitaba que se casaran. De regreso a Rusia, ella intentó en vano convertir a su hijo Sviatoslau. Pero Vladimir, nieto de Olga, luego de ser cortejado por diversas religiones, optó por la iglesia de su abuela, en cuya maravillosa liturgia se creía que “Dios vivía con los hombres”. (De la “Crónica de Nestor”, en Roland H. Bainton, *Op.cit.*, p. 106-107.
- 63 El palacio ocupado por los papas durante esa época, hoy alberga un museo de arte que contiene una gran cantidad de obras de Picasso.
- 64 Citado en Barry, *op.cit.*, 472-73. Fueron cartas de este género que animaron a Gregorio XI a reestablecer la sede papal en Roma.
- 65 *Op.cit.*, p. 445.
- 66 Barry, *Op.cit.*, p. 476-477.
- 67 Dietrich von Apolda, “vida de Santa Isabel”, *apud* Gertrude y Thomas Sartory, *Elisabeth von Thüringen - Befreiende Demut*, (Freilburg: Herder, 1983), p. 94.
- 68 *Ibid.* p. 95-97.
- 69 Se trata del mismo castillo donde Martín Lutero sería llevado a fin de salvarle la vida después de su condenación en la Dieta de Worms, 1521.
- 70 Citado en Sartory, *op.cit.*, p. 102.
- 71 “Deposición de cuatro atendientes”, en Sartory, *op.cit.*, p. 126.
- 72 *Op.cit.*, p. 49. En su afán de mostrar amor por los enfermos, incluso

a los leprosos, Isabel personalmente trataba sus heridas, llegando hasta a besarlas. Su confesor, temiendo que Isabel se contagiara, prohibió tal aproximación.

73 Lee Maril, *Elisabeth von Thüringen*, (Einsiedeln, 1961), apud Sartory, *op.cit.*, p. 22.

74 Cap. 40, v.5. La palabra griega original para “oficios” o ministerios es *leitourgiai* en el caso del levita, sus “deberes” o servicios traducen la palabra *diakoníai* donde luego se percibe la relación íntima entre liturgia y diaconía.

75 Cap. 63. “Los diáconos” que llevaban la cena a los ausentes probablemente también incluían diaconisas.

76 CE, X, 653.

77 W.P. Ker, *The Dark Ages*, (NY: Mentor, 1958), p. 118, declara: “La historia de Teófilo fue una de las más populares en todas las lenguas” y en el rodapié de la página él informa que Dasente recolectó y editó diversas versiones, inclusive una islandica y una en alemán bajo. Citamos de Barry, *op.cit.*, p. 291, una porción de la poesía de Rosvita sobre el nacimiento de la Virgen María. Luego de una separación de meses, hubo un nuevo encuentro de la pareja “Nueve meses después vino el día bendito en que la ilustre Ana dio a luz a una hija, que sería reverenciada entre todas las generaciones. Después de ocho días los sumos sacerdotes, que fueron convocados, vinieron a fin de que, según la costumbre, pudiesen conferir un nombre a la criatura y purificar a la madre. Joaquín, derramando oraciones a Dios, dijo: ‘Oh Tu, Rey de los Cielos, que sólo das el nombre a las estrellas, dignate a indicar de manera celestial, por alguna señal brillante, el nombre de este tierno infante.’ Cuanto él así había hablado, una poderosa voz dijo ‘María’. ¡ ‘Stella Maris’ en nuestro idioma latino! Apropiadamente fue conferido ese nombre a esa santa criatura, pues ella es la estrella más brillante que brilla eternamente en el lindo diadema del Cristo eterno.”

78 Safo fue la poetisa más famosa lírica de Grecia antigua.

79 EB, VII, 581. “En las piezas originales de la monja Rosvita, descubrimos una presentación completamente desligada del ritual de la Iglesia y apoyada sobre sus propios pies.”

80 *Church History*, II, 125.

81 Una evidencia de este brote de energía espiritual es el liderazgo francés en las cruzadas. Fue un papa francés, Urbano II, quien predicó la primera cruzada en la ciudad francesa de Clermont, siendo franceses dos de los tres ejércitos de aquella cruzada.

82 El monasterio de Citeau, el cual dio su nombre a la reforma de Cister, fue fundado por Roberto de Champagne, en 1098. La cita es de R.W. Southern, *La Iglesia Medieval*, (Lisboa: Ulisseia, sd), p. 326.

83 *Ibid.*, p. 327. Cp. Migne, P.I., Vol. 216, p. 356.

84 En 1974 los Valdenses celebraron el 800º aniversario de la conversión de Pedro Valdo.

85 Giorgio Tourn, “*The Waldensians: The First 800 Years*” (Torino Claudiana, 1980), p. 11. New Schaff-Herzog Cyclopedia of Religious Knowledge, 1950, XII, 243.

86 Barry, *op.cit.*, I, 544, 546. El documento data de c. 1300.

87 Tourn, *op.cit.*, p. 39.

88 *Ibid.*, p. 46.

89 *Ibid.*, p. 40.

90 El vitral es reproducido en la portada de Constance F. Parvey, ed. *Ordination of Women in Ecumenical Perspective*, (Ginebra: WCC, 1980), apud G. Bouchard, *I Valdesi una storia da rileggere* (Torino, Claudiana, 1971), p. 9.

91 Para una breve discusión de los diferentes grupos conocidos como Adamitas (por andar desnudos como Adán y Eva), Turlupinos, Picardos (una corrupción de Begardos, movimiento paralelo a las Beguinas), etc., véase Kurtz, II, 192; Mosheim II, 465ss. Estos grupos, que generalmente poseían bienes y cónyuges en común, por la participación femenina en ellos, contribuyeron injustamente a la desconfianza reinante hacia los ministerios femeninos. Los grupos también contenían hombres, pero eso en nada contribuyó a la desconfianza de la iglesia hacia los ministerios masculinos.

92 *Op.cit.*, I, 491.

93 Mosheim, famoso historiador protestante, declaró que “nadie, antes de la Reforma de Lutero consideró la cosa como increíble o una desgracia a la Iglesia”, II,62. El exageró, pues Juan Hus y otros citaban a la Papisa Juana como ejemplo del papado manchado por el pecado y el error; cp. su *De Ecclesia*, citado por Bainton, *op.cit.*, p. 166.

94 Por ejemplo, en *As You Like It*, de W. Shakespeare, Rosalind, excluida de la corte, vivió disfrazada como Ganymede; cuando su amado Orlando la vio en la floresta, no la reconoció. También en *Twelfth Night*, el enredo incluyó una joven, Viola, que se disfraza como el escudero del Duque de Orsino. El Duque envía a Viola, así disfrazada, para cortejar, en su lugar, a la rica Olivia; ésta se enamora de Viola, considerándola un escudero simpático.